



*EL JEFFE
está
Prohibido*

PÍA
BROOKS

EL JEFE ESTÁ PROHIBIDO

PÍA BROOKS

ISBN

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Índice: Capítulo 1: 5

Capítulo 2: 11

Capítulo 3: 17

Capítulo 4: 25

Capítulo 5: 30

Capítulo 6: 36

Capítulo 7: 43

Capítulo 8: 50

Capítulo 9: 57

Capítulo 10: 65

Capítulo 11: 72

Capítulo 12: 79

Capítulo 13: 86

Capítulo 14: 92

Capítulo 15: 100

Capítulo 16: 107

Capítulo 17: 114

Capítulo 18: 122

Capítulo 19: 129

SINOPSIS: < > Cuatro palabras que para Catherine lo hicieron irresistible. < >. Una frase que Tom Harper había seguido siempre a raja tabla.

Un desafortunado encuentro en el ascensor de la empresa les hizo conocerse con poca ropa. Y desde ahí, no pueden evitar encontrarse a todas horas. Ella es libre, alocada y sensual...Él es frío, ordenado y demasiado selectivo con sus amantes...

El destino parece querer juntarlos, pero ellos no están dispuestos a que eso pase. ¿Podrán dar rienda suelta a su tensión sexual una sola noche y después olvidar?

Capítulo 1

Llueve. No es que no me guste la lluvia, lo haría si supiera que con ello caminaría con alguien bajo las pequeñas gotas para ir a ninguna parte sólo por cogernos de la mano y pasar el tiempo juntos, pero si lo que tengo que hacer es encerrarme todo el día en una oficina enorme que parece pequeña de la cantidad de personas que estamos trabajando en ellas, la cosa cambia un poco.

Soy una tía algo peculiar, me lo recuerdo mientras compruebo por décima vez que he cerrado el coche, siempre me ha dado pánico pensar que cuando salga no va a estar donde lo dejé. Como si fuera tan fácil robar un coche.

Me coloco el pañuelo del cuello con doble nudo a pesar de que sé a ciencia cierta que en cuanto haga un poco de calor me entrará un agobio tremendo mientras consigo quitármelo. Los tacones resuenan en la entrada del edificio, tan blanca y perfecta como todo lo que allí sucede. Una compañía de modelos en la que se cuida de todo, hasta el mínimo detalle. No me gusta en exceso la ropa que tengo que llevar pero, entiendo, o quiero entender, que para fotografiar diosas no puedo ir de cualquier manera. Llamo al ascensor y repiqueteo en el suelo mientras estiro un poco de ambas mangas de la americana. Por fin se abre, este maldito ascensor se romperá en algún momento. Siempre tardando un siglo. Me subo y agradezco que nadie más lo haga. No estoy a gusto en los espacios cerrados que encima quieren albergar más gente de lo que se debe. Pone máximo seiscientos kilos, pero no hace falta apurar por el amor de dios, que la gente quedándose en quinientos noventa y nueve va con una sensación de seguridad que acojona.

En el último momento alguien detiene el ascensor. Genial. Sólo veo un reloj demasiado caro en un primer momento, después, Tom Harper, jefe de la compañía se deja ver. Sube sin disculparse por la interrupción. Supongo que eso de que el edificio sea tuyo te da una autoridad prepotente. Tendremos más o menos la misma edad, pero a mí, él, me parece mucho más mayor. Se podría esperar de un chico de treinta años, de muy buen ver y forrado, que aprovechase para ligar con las modelos que entran y salen de este santo edificio, pero no. Y eso, lo hace mucho más irritante. Trata a todo el mundo como si fuéramos máquinas, sin sentimientos y además, sin horarios. Nunca es voluntario nada en cuanto al trabajo extra se refiere.

Le miro un instante. Tiene la mirada fija en su carísimo reloj, como si no entendiese por qué tardamos tanto en llegar a la planta correcta. Es verdad. Estaba tan distraída en criticar mentalmente a mi extraño jefe que no había caído en la cuenta de que no oigo ya el ruido del motor.

– ¿Se ha parado? –Mi voz ha tenido que sonar dos tonos por encima de lo que debería. Tom Harper me mira evaluándome con sus grandes ojos marrones y oscuros. –Dígame que no se ha parado.

–Nos sacarán en unos instantes, no se preocupe. –Su voz calmada me irrita más. Intento sacarme el pañuelo de la garganta. Este espacio es muy pequeño. ¿Qué hay del oxígeno? ¿Por qué no nos sacan ya? ¿Es que da igual que vaya a morir el jefe de la estúpida compañía? Respira, Catherine. Mi voz me habla para que intente ser racional, pero eso es imposible. ¿Por qué el pañuelo no se quita? Mi mano tiembla un poco. –Relájese. –Las manos tranquilas y seguras del jefe me quitan el pañuelo desanudando sin prisa el lío que se había hecho.

–Quite. –Necesito salir de aquí ya. Me deshago de la americana y abro los primeros botones de la camisa para que vuelva el aire en mi pecho.

–Tiene que relajarse, por dios. –Su voz parece más irritada y me pregunto si también es claustrofóbico. No, no lo parece. Está demasiado tranquilo. Se quita la chaqueta de su traje y aunque debe haberle costado un dineral la dobla y la deja en el suelo. –Venga. –Su mano rodea mi muñeca y sin parar de intentar tomar aire le sigo. Me sienta en el suelo y pone su chaqueta detrás de mi cabeza. – ¿Cómo se llama? –No le contesto. Ni si quiera sabe quién soy y eso que hago la mayoría de las fotos que le hacen ser tan estúpidamente rico. – ¿Trabaja aquí o viene a alguna reunión?

–Idiota. –Es lo primero que sale de mi boca y no puedo evitarlo. Voy a morir y a pesar de haber sacrificado gran parte de mi vida social por ser la mejor en lo que hago no me reconoce ni mi jefe. Si salgo con vida de esto quizá debería reconsiderar mis prioridades. –Me aprieta el sujetador. –Lo menciono en alto mientras empiezo a ver borroso. ¿No piensan ni si quiera intentar sacarnos de aquí?

– ¿Me oye? –Noto que empieza a trastear por debajo de mi camiseta con decisión. Un minuto después puedo subir bajar el pecho algo mejor. Ha abierto el clic del sostén. Su nariz está muy cerca de la mía y si no estuviera tan mareada me podría fijar bien en la fina línea de sudor que enmarca su musculado cuello. –Ya nos van a sacar de aquí. –Intenta levantarse y yo necesito que siga apretando su mano con la mía así que le retengo. Me mira con intensidad. –Hable de lo que sea. No pienses en el hecho de que estamos encerrados. O de que, por lo visto, soy un idiota. –Se sonríe un poco cuando se insulta así mismo.

–Me llamo Catherine. Soy su fotógrafa estrella. –Me encojo de hombros y espero solo morir asfixiada. –Pero claro, usted está muy pendiente de ir al gimnasio y a clases de cómo ser un borde y ni siquiera sabe ponerme cara.

–En realidad. –Se acerca tanto para contestarme que mientras que susurra a mi oído puedo aspirar su fragancia a jabón limpio y masculinidad. –No debería hablarme así y menos si me dice su nombre. –Se ríe un poco y eso hace que me encoja. ¿Es excitación lo que he sentido? –Sé que usted piensa que no, pero, saldremos de esta y se arrepentirá de todo en cuanto se le pase el ataque de pánico.

Quiero contestarle que sólo le he dicho lo que todo el mundo piensa. Que no me confunde con su sonrisa encantadora y su cuerpo más que visible con el sudor haciendo que se transparenten sus abdominales por la camisa blanca de algodón. Pero un tintineo agudo me lo impide. Las puertas se abren y veo al padre del jefe poner mala cara. El señor Harper tampoco era muy amable con los empleados cuando estaba a cargo. Hay mucha otra gente que se preocupa por el estado de salud de Tom. La gente se arremolina y se va conforme hablan con él. Ha podido salir con mucha elegancia a pesar de tener que subir con su propia fuerza la separación entre donde se ha quedado atascado el ascensor y el piso desde el que nos han abierto.

Las voces se van alejando un poco y me pregunto por un instante si es que piensan dejarme aquí. Claro, el señorito ya ha salido. A las empleadas que nos den.

–Hay una empleada abajo. –La voz de Tom Harper no expresa emoción alguna. Posiblemente me saca de aquí por cortesía antes de despedirme. Pero, ahora mismo, poco me importa. El aire está entrando por el hueco a bocanadas hasta mí y eso, es lo único que importa.

–Señorita. –Un bombero cae dentro a mi lado. Es bastante alto y me mira con amabilidad. – ¿Está bien? –Asiento sin mucha convicción. – ¿Es claustrofóbica? –Asiento mientras me tiembla un poco el cuerpo. Tengo ganas de llorar. –La saco.

Sus fuertes brazos me elevan y solo tengo que darle las manos a otro bombero que me tiende las suyas cuando yo ya estoy prácticamente fuera.

–Gracias. –Alcanzo a decir en el momento en el que ese primer bombero, apuesto por cierto, me lanza una sonrisa al salir detrás de mí.

–Debería tomarse el día libre. Su jefe lo comprenderá. –Me da una botella de agua y se va tras preguntarme varias veces si necesito algo.

“Su jefe lo comprenderá”. ¡Por supuesto que no! Porque ni siquiera ha tenido la decencia de esperar a que saliera de ese ascensor. Mi reloj digital pita y me percató de la hora que es. Tardísimo. Debería estar en la sesión de fotos que llenarán las hermosas calles para este otoño. Corro como puedo por las escaleras los pisos que quedan a pesar de que debería sentarme para recomponerme. Al llegar al piso número once abro la puerta que da al estudio y me doy de lleno con alguien que parece estar dispuesto a romper mi nariz con su hombro.

–Es usted un imán de mala suerte. –Miro a mi jefe atónita. –Me ha manchado el traje. – Observo su perfecta chaqueta con un puntito de sangre que debe haber salido de mi nariz.

–Va a hacer las fotos de otoño usted, señor Harper. –Sin decir nada más doy media vuelta para irme directamente por las escaleras hacia mi coche.

Capítulo 2

Soy un manojo de nervios todo el día. Quizá no debí irme. ¿Y si pierdo mi trabajo? No es que se me valore mucho. A la vista está. Pero mis fotos son siempre las portadas más mencionadas en las revistas. Se me da bien. Tengo talento. Y no pienso que sea capaz de hacer algo mejor que mi fotografía. Inmortalizo la belleza de un instante.

Por otra parte, mi jefe es estúpido y, eso, es una realidad. Me dejó tirada en el ascensor y por poco me rompe el tabique nasal, pero claro, importaba más su traje. Navego por la web y encuentro dichosa que, bastante gente, está ya especulando sobre las imágenes de otoño que nuestra empresa pondrá en las calles. “Si no te echan” me grita una voz. “No pueden” me recuerda otra. Aunque intentasen cambiarme no conseguirán a alguien que las haga como yo y bajará la popularidad. ¿Es posible que yo tenga la sartén por el mango?

Son las seis de la mañana de nuevo, no sé en qué momento me he dormido maquinando mi plan. Suicida o maravilloso. La ducha me recibe con agua tibia que hace que mi cuerpo se estremezca, lo necesitaba. Cuido mi pelo con la plancha para hacer una cascada lisa y perfecta. Me maquillo de forma natural pero algo más de lo que estoy acostumbrada. Me enfundo unos vaqueros una blusa azul claro y unas botas de cuero negras hasta las rodillas.

Aparco el coche en la entrada y compruebo diez veces si lo he cerrado, un toc que quizá consiga quitarme algún día. Aunque es improbable. El ascensor está en la planta baja esperándome y mi mente me grita que es alguna clase de trampa, que coja las escaleras, que no hay necesidad de que la ansiedad me coma recordando el encierro de ayer. Pero no, tengo que superar mis miedos. Si lo miraron ayer, hoy tiene que ser el día más seguro para cogerlo. Arrastro mis pies recelosos hasta el interior y respiro bocanadas suaves de aire mientras se comienza a cerrar. En el último momento consigue entrar un caballero que, al parecer, no podía esperarse al siguiente. Tom. Resoplo dando vueltas sobre mí misma para no verle la cara. ¿Por qué tendré esta mala suerte?

–Buenos días. –Su tono es de felicidad y superioridad. Eso, evidentemente, es señal de que algo malo va a decirme. –Me alegro mucho de encontrarla por aquí. –No respondo. Es mi mejor arma. –Ayer tuvimos que cancelar la sesión de fotos cuando se fue. –Qué pena. Sigo sin decir nada. Un ruido hace que mi corazón se acelere a pasos agigantados. El ascensor se ha parado. –No puede ser. Esta máquina se ha vuelto a quedar atascada. Es usted el mal augurio en persona. Menos mal que iba a darle esto de todos modos. –Tiende una carta hacia mí. –Es su carta de despido.

– ¿Mi carta de despido? –La recojo un poco sobresaltada. Es verdad que en las posibilidades que había barajado estaba la de que me dieran esta carta, pero no contemplaba ni que me la diera él en persona con la rabia que me produce, ni que lo haría mientras nos habíamos quedado de nuevo en el ascensor maldito encerrados. Respiro y abro el sobre. “Falta de responsabilidad manifiesta”. Ese es el motivo. Me río a carcajadas. Él me mira como si hubiera perdido la cabeza. Quizá esperaba que me pusiera a llorar o que suplicara una segunda oportunidad. –Aquí tiene. –Le tiendo yo la carta que había preparado. –Me sorprende que mi claustrofobia no salga a la luz, pero estoy tan sumamente enfadada...

– ¿Qué es? –No quiere cogerla. No le gusta no saber a qué atenerse. Siempre tan acostumbrado a tenerlo todo controlado. A ejercer su control sobre todo el mundo.

–Las condiciones de mejora que solicito a la empresa, o sea, a usted, si quiere que vuelva a

ser la fotógrafa de esta compañía. –Me cruzo de brazos y me abro dos botones de la camisa. Aquí empieza a hacer calor y sólo quiero no derrumbarme y tener pánico delante de él.

– ¿Por qué iba a querer yo aceptar condiciones de mejora si la he despedido? –Sus ojos son oscuros pero ahora lo parecen más. Diría que está enfadado con este encuentro y su aparente desventaja.

–Porque si las fotografías no las firmo yo perderá impacto en las revistas que sí se fijan en el nombre de las profesionales. Por no decir que no va a encontrar, en toda la ciudad, y menos en tan poco tiempo, a alguien que sea capaz de hallar la manera de que todo el mundo abra la boca y alabe a esta empresa cuando se enciendan los carteles de la ciudad. –Alzo la cabeza con un orgullo que hacía tiempo que no sacaba. –Usted será el jefe. Pero no sabe hacer fotos.

Un ruido corta mi dialéctica. Un bombero se tira por el hueco hasta ponerse a mi altura.

–Por alguna razón sabía que usted volvería a estar aquí dentro. –El bombero de ayer, el guapo, me mira socarrón y me ofrece su ayuda para salir. La tomo con gusto y por fin veo con claridad. Vuelve a haber gente de la junta directiva esperando al señor Harper, y, sobretodo en la cara de su padre, puedo ver disgusto. Como si a mí me gustase quedarme encerrada constantemente en el ascensor con ese idiota engreído siendo claustrofóbica. –Y me alegro de ello. –Anuncia.

–No sé como tomarme que quieras verme bajo un ataque de pánico. –Me río un poco mientras me tiende una botella de agua.

–Me alegro de poder remediar el hecho de que no te pedí el teléfono. –Lo dice así, sin más. Mi corazón da un pequeño brinco. No estoy acostumbrada a este tipo de situaciones. No porque no lo valga, sino porque este edificio está lleno de modelos. Se lo escribo en el papel que me tiende en el preciso momento en el que Tom Harper clava la mirada en nosotros al salir del ascensor. –Te llamo.

Asiento y me voy en dirección contraria. Sé que mi golpe tendrá su efecto. Sólo espero que no sea el de quedarme sin trabajo. Ya casi alcanzo la puerta exterior cuando una mano me retiene. Me giro para ver a Fátima de frente. Es la gerente de recursos humanos.

–No puede irse Catherine. –Me mira con frialdad. Nunca ha sido simpática, pero parece estar especialmente molesta conmigo esta mañana. –El señor Harper me ha mandando a que renegociemos su contrato. ¿Me acompaña? –Así que esta es la forma de hacer las cosas, por las malas...Y qué rapidez. Me siento en la silla frente a ella sin mediar palabra. –Todas las condiciones solicitadas han sido aceptadas por la junta directiva. –No ha dado tiempo, tiene que haberlo decidido sólo él. Subida de sueldo. Un día libre a la semana. Y al menos una mención en cada artículo. –Pero me veo en la obligación de dejarle clara una cosa. –Me tensa. La postura que está cogiendo, en la esquina de la mesa, inmediatamente más alta que yo, es de superioridad, y no me gusta. –El jefe, está prohibido. – ¿Qué? Mi cara debe ser un puzle de emociones en este momento. –No es que crea que alguien como él va a estar interesado en alguien como tú, pero como es la segunda vez que, accidentalmente, se para el ascensor cuando están ustedes solos, no quiero tener que investigar las causas del parón. Porque, la verdad, querida, ni aunque se permitiera esa clase de relaciones entre trabajadores, estaría interesado en ti. Aquí, hay modelos que cumplirían a la perfección las necesidades de nuestro jefe.

–Yo no sé de qué habla. Y no aceptaré la renovación del contrato mientras insinúa que yo he hecho algo en los ascensores para quedarme a solas con nuestro jefe. –Me levanto para irme y

pone una mano en mi hombro. –Yo de ti no haría eso. Es una oportunidad envidiable.

–Que se la meta por donde pueda. –Abro la puerta deteniéndome en el marco. –Ah, y suerte con la campaña de otoño. Si es tan engreído para mandarle a usted que me dé una charla de esas características seguro que es suficiente inteligente también para encontrar a alguien que le haga las fotos.

Me voy a paso rápido y con una furia en mi interior que casi desconocía. ¿Qué se ha creído? Es rico y es guapo, pero eso no significa que provoque enajenación mental en las empleadas y vayamos parando ascensores por ahí. Sólo lo ha hecho para que no pareciera que le había ganado imponiendo mis nuevas condiciones, pero sí, lo he hecho, y de esta forma, no volveré.

Capítulo 3

Me paro a tomar un perrito caliente en mitad de la calle; Es de ese tipo de comida que por alguna razón te apetece solo cuando ves que la están haciendo frente a ti desprendiendo un olor maravilloso.

–Estaba seguro de que te habrías ido más lejos. –Tom está detrás de mí y tiene a bien pagar mi comida rápida.

Si piensa que con eso ya tiene ganado mi perdón, que se raque un pie.

–No sabía que el puesto de comida rápida era tuyo. –espeté molesta con su inexplicable persecución.

Eché a andar ignorándolo por completo a la espera de que se cansase y se fuese; ¿Por qué si había mandado a Fátima a renegociar diciéndome cosas que no iba a permitir que me dijese ahora me perseguía?

– ¿Vas a detenerte en algún momento para hablar como adultos? –pregunta resoplando como un caballo.

– ¿Es adulto mandar a tu jefa de recursos humanos a decirme que estás prohibido? Aunque, solo por dejarlo claro, no es que estés prohibido sino que no me interesas. Mi tipo de hombre es muy diferente a ti. –Mi respuesta ha sonado peor de lo que había pensado en mi cabeza.

–Me preguntaba por qué te habías ido sin firmar si he aceptado todas tus caprichosas condiciones. –Su tono no es de disculpa y me crispera aún más.

–Tienes una curiosa forma de pedirme que vuelva. –respondo torciendo el morro.

–Yo no te estoy pidiendo nada. –asegura enfadado poniéndose a mi altura apretando el paso hasta que llegamos junto a mi coche.

–Pues entonces aquí termina nuestra conversación porque este es mi vehículo para volver a casa. –Señalo mi Skoda color rojo sonriendo falsamente.

– ¿No soy tu tipo? –pregunta acercándose a mí colocando su mano a un lado de mi cabeza hasta el punto de sentir que estoy encerrada aunque estemos en un espacio abierto.

–No. –contesto escuetamente.

–Bien, de todas formas Fátima es demasiado protectora con las normas de la empresa. Yo no le he mandado decirte nada. –susurra de una manera que me resulta sensual.

–Siendo así... –tartamudeo un poco pensativa.

¿Por qué Fátima se había metido en algo como eso? Bueno, quizá era un protocolo de prevención por el tema de las modelos y el hecho de que Tom Harper es un hombre tan rico.

–Las modelos están en el estudio esperando, las citamos para hoy dada tu falta de compromiso de ayer. –espeto volviendo a la carga.

Su insistencia con poner en duda mi profesionalidad no casa muy bien con el hecho de que está en mitad de la calle intentando convencerme, aunque de una forma muy extraña, de que volviese a mi puesto.

–Yo no tengo la culpa de que mi jefe me acuse de ser un mal augurio constante en vez de

preocuparse por si estoy bien tras quedarme encerrada en la mierda de ascensor de su edificio que, por cierto, sería una baja laboral si hubiese querido. –Mi queja provoca que mi jefe enarquee una ceja.

– ¿Volvemos a la sesión de fotos, por favor? –pregunta llevándose una mano al puente de la nariz.

–Primero pasaré por recursos humanos a firmar mis mejoras. –afirmo echando a andar de nuevo hacia la oficina varios pasos por delante de él.

–Te gusta mucho marcar distancia entre nosotros. –asegura con la sonrisa torcida.

–No quiero que nadie me acuse de acoso laboral a mi jefe. –Mi réplica parece hacerle gracia.

Tom se detiene frente al ascensor y me hace un gesto para que suba con él. Niego categóricamente con la cabeza; Lo que menos me apetece es volverme a quedar encerrada, por mi claustrofobia y por las opiniones de mi querida jefa de recursos humanos.

Subo por las escaleras. Un, dos, un, dos. Que se noten mis clases de zumba online en el salón de mi casa espatarrada con la esterilla y dos paquetes de arroz haciendo de pesas.

– ¿Tú otra vez por aquí? –cuestiona Fátima entrecerrando los ojos mientras se lima las uñas.

Omito contestarle lo que pienso sobre su forma de actuar con los empleados y, en concreto, conmigo. Es de esas veces que me pregunto cómo ha llegado hasta ese puesto de tanta responsabilidad con esa cara de estar amargada oliendo a mierda. Me deja sin decir nada más para coger una llamada por el fijo interno de la empresa; Quien sea no tiene que insistir mucho para que ella diga que sí a todo con esfuerzos de quedar bien. Cuelga y pone frente a mí los papeles anteriores.

– ¿La subida de sueldo cuenta ya para esta nómina? –pregunto aunque en realidad no me importa. Simplemente quiero restregarle el hecho de que me quedo.

–Sí. –contesta con la boca pequeña. –Pero escucha, Catherine, yo de ti no lo haría. –Me giro con la mano ya en el pomo de la puerta; Eso ha sonado a amenaza pero quiero confirmarlo. –Ya no por la política de la empresa sino por ti misma; El jefe es muy selectivo con sus amantes. –asegura tan pensativa que me pregunto si ella ha tenido algo con él.

–Por suerte para mí, esa información es totalmente irrelevante. –espeto antes de cerrar la puerta con un ligero portazo que deje clara mi postura.

¡Fátima es una zorra mala! Aprieto los puños pegados a mi cuerpo mientras vuelvo directa a las escaleras para subir el piso que falta hasta el estudio de fotografía.

Sí, en efecto la sala está a reventar de gente que corretea de un lado para otro; Unos maquillan, otros peinan y unas cuantas privilegiadas están preparadas para posar con la ropa de la nueva colección en el ambiente que yo he escogido para el lanzamiento de la campaña de otoño.

–Vale, preparados todos. Empezamos por los colores anaranjados, en otro lado los verdes y los marrones al fondo. La gente pensará que está viendo de alguna forma la naturaleza del otoño a través de vosotras. –ordeno poniéndome en situación.

Cojo mi cámara y me dedico durante un buen rato a preparar las luces junto con la elección de los objetivos. Gradúo y enfoco sintiendo como mi profesión va cogiendo su forma; Me

encanta la fotografía, es capaz de inmortalizar la belleza de un instante. Poca gente entiende que una foto puede ser mucho más que eso, se conforma de tal manera que cuando alguien la ve en la calle en el spot publicitario recibe un mensaje pero también una sensación, en este caso la llegada del otoño.

–No puedo crearme que un jefe tan guapo siga soltero. –La voz femenina detrás de mí hablando con alguien llama por algún motivo mi curiosidad.

Sé que ella es Natalia pro su timbre de voz y algo así sólo puede estar diciéndoselo a Tom Harper. Es algo que pasa a menudo pero él suele pasar con mucha elegancia de la situación incómoda.

Me giro una milésima de segundo hacia él que ya está solo y clava su mirada en mí. ¡Qué mala suerte la mía que me pilla mirándolo! Es inevitable que me pregunte lo que había dicho Natalia... ¿Por qué está soltero? Vale que tiene muy mala leche cuando quiere pero aún así me sorprende que no coja por lo menos compañías puntuales con todo el abanico de posibilidades que tiene para escoger.

–Abre un poco más los labios. –sugiero a una de las modelos que lleva una chaqueta hasta la rodilla de color marrón claro destacando entre las hojas anaranjadas puestas a sus pies.

Se la ve sensual y feliz en la fotografía que acabo de hacer. Es una gran modelo Yanira, por eso la elegimos para casi todas las campañas.

Sigo haciendo mi trabajo realizando los descansos necesarios tanto para que las modelos estén bien como para hacer los cambios de ropa pertinentes. Es toda una mañana de flash y contención. Hay que repasar cualquier detalle que pudiera traer algún mal comentario; Todo tenía que salir perfecto.

Soy perfectamente consciente de que Tom sigue aquí, apoyado en el marco de la puerta del estudio mirándolo todo pero para mí que no siempre se queda de esa forma; ¿Duda de mi trabajo a estas alturas? ¿Está rabioso por no haberme podido despedir? Un pequeño reguero de sudor en mi frente hizo que me limpiase con el dorso de la mano para después intercalar un descanso. Necesito beber agua.

Me acerco a mi mochila con la intención de coger una barrita de cereales de paso cuando veo la pantalla de mi móvil iluminada. Una llamada perdida; ¿Y ese número de teléfono? Vuelve a sonar por lo que decido acercarme un poco al hueco de la escalera antes de descolgar.

– ¿Sí? –pregunto esperando que no sea un comercial por el simple hecho de que me daba cosa colgarles pero no tenía tiempo de atenderles.

–Hola, soy el bombero. El primer día olvidé pedirte el número y el segundo, por lo visto, que nos presentásemos por nuestros nombres. –dice intercalando con un par de risas. –Mi nombre es Marcus. –añade entrecortadamente.

–Oh, sí, esto... Soy Catherine. –respondo con cierta emoción instalándose en mi estómago.

–Y yo soy Tom Harper, dueño de la compañía donde Catherine trabaja. Necesito que vuelva al trabajo, ya te llama luego si es que le interesas. –espeta Tom tras quitarme el móvil de las manos al aparecer por detrás de mí.

– ¿Se puede saber qué haces? –chillo cuando cuelga el Smartphone.

–Estás en horario laboral, lo que hablábamos antes de la responsabilidad. –asegura encogiéndose de hombros.

Me pone enferma.

– ¿No tienes nada mejor que hacer en tu gran empresa? –pregunto al borde del colapso, quería estamparle un jarrón en la cabeza.

–Hoy no. –responde para mi desgracia.

Capítulo 4

Me cago en mi sombra. Eso es lo único que pasa por mi cabeza una y otra vez al comprobar que todo el mundo abandona el estudio excepto mi jefe. ¿Me acompañará al baño también? Resoplo todo lo fuerte que puedo mientras pongo los ojos en blanco para que sea consciente de mi disgusto.

–Voy a editar, necesito tranquilidad. –aseguro sentándome frente al portátil.

No contesta pero desaparece por fin de mi vista. Escojo ponerme los cascos para centrarme en los cambios que tengo que hacer y no en cualquier otra sensación revoloteando por dentro de mí. Están siendo días muy raros. Catherine, céntrate. Me regaño a mí misma.

He avanzado suficiente cuando el móvil vuelve a sonar. El mismo número. Ay, he dejado a Marcus colgado durante todo el día. Intento descolgar y se me cae móvil. Mierda. Uff, por suerte cae en la papelera que amortigua la caída y salva la pantalla.

– ¿Sí? – ¿Por qué empiezo así de patética mi conversación? –Hola, Marcus; Perdona lo de antes, mi jefe es un poco... –dejo las palabras colgando porque ni siquiera sé cómo describir a Tom Harper.

–No parece muy amable. –asegura al otro lado de la línea. –Me preguntaba si querías que quedásemos esta noche para cenar algo. –Su petición hace que suelte una sonrisa tonta que por suerte no ve.

–Claro. Te hablo al salir. –Accedo a una buena cena aunque no es que tenga muchas citas.

Vuelvo a la edición de mis últimas fotos con la sonrisa floja con cierta ilusión. Me muerdo el labio mientras contemplo como los colores se compactan. Dos fuertes manos aterrizan sobre mi escritorio. Subo poco a poco la mirada recorriendo sus marcados brazos, la línea firme del hombro a su cuello, aterrizo en la mandíbula apretada y por fin paso a sus ojos color miel que me escrutan sin censura.

–Necesito las fotos terminadas para hoy. –anuncia sin rodeos.

–Eso es imposible. –contesto comprobando en mi reloj que quedaba media hora para que fuesen las ocho de la tarde, fin de mi jornada laboral.

–No hay nada imposible si se quiere hacer. –replica apretando aún más la mandíbula.

–Genial, qué bien que no quiera hacerlo. –respondo cruzándome de brazos aún sentada en mi silla giratoria.

– ¿Tienes algo más importante que hacer que tu trabajo? –pregunta enarcando una ceja.

– ¿Por qué piensas que tus empleados no tienen nada mejor que hacer? Quizá tu vida fuera de aquí sea aburrida pero es posible que los demás sí tengamos intención de pasarlo bien. – ¿Por qué tengo esta necesidad imperiosa de decir lo que pienso todo el rato?

Vale que soy buena en mi trabajo, pero tampoco creo que me vaya a dejar pase lo que pase en su empresa. ¡Es el jefe! Idiota pero el jefe. Tengo que contener mi lengua.

–Te explicaría que a mí también me gusta pasarlo bien. –murmura tocando con un dedo la piel de mi muñeca. ¿Qué está pasando? Contengo la respiración. –Pero me urgen las fotos. –añade quitándose de golpe de nuestra cercanía.

–De acuerdo, pero me lo pagas como horas extra. –afirmo como si eso me diese alguna autoridad.

–Claro, cómo no; Que pierdas una cita con el bombero merece un extra. –dice provocadoramente antes de desaparecer.

¿Ha oído lo de mi cita? Bueno, eso es evidente, pero no puede tener nada que ver con que me haga quedarme a trabajar de noche... ¿Verdad? Sacudo mi cabeza con la intención de despejarme de mis locas ideas, estoy perdiendo el norte y eso que aún estoy despejada; Cuando me entre sueño será mucho peor.

Me pongo música latinaailable para animarme, ya que tengo que estar ahí por lo menos no lo haré amargada. Bailoteo mientras pincelo retoques aquí y allá. El bombero sí que tiene un cuerpo como para arrimarse a él en una canción fogosa. Mierda, el bombero. Registro el teléfono a toda prisa para enviarle un mensaje de disculpa a Marcus intentando quedar para mañana; Como el jefe me joda lo que podría ser un polvazo inolvidable me lo iba a pagar.

Capítulo 5

Desvío la vista hacia el reloj de mesa que hay encima de mi escritorio y no me sorprende demasiado al comprobar que son las cuatro de la mañana; Hacer en un día lo que se suele retocar una y otra vez durante una semana no es un trabajo precisamente agradable. Tom es un gilipollas y aunque siempre lo había intuido por cómo se relacionaba con la plantilla, después de esta noche puedo confirmarlo.

Marcus se ha tomado demasiado bien mi plantón. Estoy en ese momento de la vida que lo malo me parece malo y lo bueno demasiado bueno para ser verdad; ¡Amargada de la vida cruel del desencanto! Hemos quedado para comer y yo sólo espero haber tenido tiempo para entonces de ducharme y adecantarme un poco, aunque si lo pienso con claridad... Me ha visto con muy poca ropa. El color sube a mis mejillas sin pretenderlo al recordar que tuvo que verme por lo menos la parte de arriba de la ropa interior al sacarme por primera vez del ascensor maldito.

Miro hacia el ascensor para después negar lentamente con la cabeza; Definitivamente se me iba a poner el culo como una piedra de duro porque no pensaba usar ese aparato del demonio nunca más. Mierda, noto un crujido en el tobillo casi como si me recordase que llevo tacones; Bueno, quizá me arriesgue a bajar en el elevador o quizá simplemente me descalce para ir por las escaleras, de todas formas en el edificio quedamos dos personas: El de seguridad en la primera planta, quien tiene sentido que esté de noche aquí; Y después estoy yo, suficiente pobre como para no poder mandar a paseo a mi jefe cuando me manda cosas que, evidentemente, exceden de mi jornada laboral. Me revuelvo en el asiento para estirar la espalda sintiendo que el sujetador me aprieta más de lo normal. Hombre, es que no estaría de más poder quitármelo después de casi veinticuatro horas ahí estrujándome mis dos pobres amigas.

Le doy al botón de guardado, solo me falta que se pierda todo mi avance, y voy hacia el aseo para echarme agua en la cara. De paso me peino, vaya pelos de desesperación que llevo; Eso me hace recordar cuántas veces habré tenido ganas de dormirme desde que el jefe me dijo que tenía que quedarme para después irse sin mirar atrás. Podría haberse quedado aunque fuese un rato.

Voy de vuelta a la mesa cuando veo la máquina de café de la oficina. No somos grandes amigas porque hace el café más malo que haya probado en mi vida, pero a las cinco de la mañana la cafeína es necesaria de cualquier forma posible. Cojo un sándwich de pavo también insertando monedas y al cogerlo me cuestiono cuánto tiempo llevará el mismo bocadillo en esa máquina. ¿Cada cuánto las reponen? ¿Qué llevarán para que aguanten tanto tiempo? Acabo por encogerme de hombros, si me muero de una intoxicación al menos no tendré que seguir trabajando para pagar una casa que ni siquiera me gusta.

–Veo que nos tomamos las cosas con calma. –La voz de Tom me sobresalta y me irrita a partes iguales.

¿Cómo se atreve? Después de quedarme casi veinticuatro horas en su maldita oficina todavía llega, más fresco que una rosa, y porque me pilla comiendo algo me dice que me tomo las cosas con calma. Pongo los ojos en blanco, respiro fuertemente con asiduidad para no ir hasta él con la grapadora y sellarle la boca.

–He terminado. –consigo decir mordiéndome la lengua.

–Es tu trabajo. –señala con un gesto hacia mí.

–Mi trabajo termina por la tarde y me he pasado aquí toda la noche. –recalco encendiéndome.

Contente Catherine, contente.

–Mira...Esto... –Se queda pensativo un momento.

¿No se acuerda de mi nombre? ¿Otra vez? ¡Lo mato, esta vez lo mato de verdad!

–Catherine. –respondo en un tono agresivo. –Recalco lo que dije en el ascensor, eres un idiota. Te lo digo tan campante porque posiblemente no te acuerdes de mi nombre cuando vayas a decirle que me despida a la de recursos humanos. –añado cogiendo mi libreta y me bolso para dirigirme a las escaleras.

–No me digas que te da miedo quedarte encerrada de nuevo; Hay una posibilidad casi nula de que eso pase por tercera vez. –replica carcajeándose. –Aunque claro, se ve que no piensas las cosas antes de hacerlas. –Su última frase me toca la moral.

– ¿Si voy por el ascensor te callas? –pregunto girándome hacia él.

Sus ojos color miel se vuelven oscuros mientras me siento observada bajo su atento escrutinio.

–Por supuesto. –contesta.

Tom Harper llega hasta mí de dos zancadas para pulsar el botón del ascensor. Está tan cerca que puedo aspirar su fragancia a menta y jabón. Me quedo bloqueada por un momento con su cercanía pero el ruido del ascensor abriéndose me salva de un instante incómodo que, inexplicablemente, me parece algo confusamente excitante.

Me subo intentando no tropezarme con el dichoso cambio de volumen del suelo deseando perderlo de vista, él juega a algo en lo que yo desconozco las reglas. No me gusta. Ahogo un chillido al entender que piensa hacer el camino hacia abajo conmigo; ¿Por qué? Acaba de llegar al trabajo, no tiene explicación para volver a bajar.

–Las fotos están en la carpeta de la campaña, son las que están bajo el nombre “Final”, aunque es evidente te lo digo para que ahorres tu valioso tiempo. –He intentado hablar de lo único que nos une, el trabajo, a fin de no permanecer en un inquietante silencio, pero mi frase final ha sonado más irónica de lo que esperaba.

–En efecto, mi tiempo es valiosísimo, pero comprendo que no lo entiendas.... –Respiro de nuevo. – ¿A qué hora piensas volver? –cuestiona haciendo que gire la cabeza hacia él de forma exagerada.

– ¿Volver? Voy a tomarme el día libre. –aseguro colocando mis brazos en jarras.

No puede pedirme que trabaje toda la noche y pretender que haga mi horario normal al día siguiente; ¿Y mis malditos derechos laborales?

–Eres demasiado impulsiva, loca incluso. –murmura acercándose a mi oído.

–No está bien insultar a tus empleados. –respondo entrecortadamente.

Las puertas de acero se abren por fin. Aleluya. Paso por debajo del brazo de Tom caminando hacia atrás mientras me despido intentando aparentar que no acaba de pasar nada.

–Espero que merezca la pena ese bombero. Será una pena no verte por aquí durante el día; Espero no necesitarte. –ronronea justo antes de que las puertas metálicas se cierren de nuevo.

¡Por dios bendito! ¿Qué ha sido eso? Me abanico con la mano, como si eso diera aire,

procurando apaciguar mis nuevos nervios.

Tom Harper es mi jefe y, eso, es un problema. ¿Por qué? Bueno, no sé cómo explicarme a mí misma que su actitud... Me pone de una forma que no debería. A mi mente viene la imagen de Fátima "El jefe está prohibido"; ¿Será precisamente porque lo veo fuera de mi alcance que me empieza a parecer interesante?

Llego hasta mi apartamento y me siento en el sofá conforme entro. Estoy reventada. Pienso en si comer algo pero me he llenado con las tonterías de la máquina; ¿Por qué había comido esa bazofia si iba a llegar a mi casa media hora después? Mi yo interior grita la respuesta: No pensaba irme. Soy tan tonta que mi trabajo es importante para mí al nivel de sacrificar todo de mí misma, siempre ha sido así.

Me llevo la mano a la cara reflexionando sobre ello, por algo he conseguido ser la mejor en lo que hago; ¿Cómo es entonces que, últimamente, no paro de hacer cosas y de tomar decisiones que podrían hacerme perderlo todo? Tom Harper despierta algo en mí desde que nos cruzamos de esa manera tan íntima en el ascensor: Nunca me había fijado en lo atractivo que era; Sus ojos color miel profundos, la barbilla marcada, la forma sexy de tragar saliva o sus anchos hombros... ¿Cómo había pasado desapercibido ante mis ojos trabajando tanto tiempo para él?

Me deshago de esos pensamientos mientras voy hacia la ducha; Si Tom fuese cualquier otra persona resolveríamos esa tensión sexual en una tórrida noche que no llegaría a nada después e incluso olvidaríamos, pero siendo el jefe no es una opción así que.... Decido ir a dormir con el propósito de estar guapa para quedar con Marcus.

Capítulo 6

El ascensor se detiene y aunque intento no hacerlo elevo la cabeza hacia Tom que me observa con una emoción en los ojos que no sé descifrar. Mi pecho sube y baja a una velocidad sin precedentes mientras chasqueo la lengua notando una extraña sed. Soy claustrofóbica, será por eso. No, no lo es.

Tom se acerca de un paso hacia mí y coloca cada una de sus varoniles manos a cada lado de mi cabeza. Estoy arrinconada mientras recorro una y otra vez su rostro admirando su belleza.

Sé que es mi jefe, que no debo, pero eso sólo hace que el momento sea más irresistible. ¿Qué pasa si me lanzo? ¿Puedo contener la tensión de mi cuerpo? Inclina su cabeza hacia abajo atrapando mi labio con su boca. Muerde con suavidad jugueteando con mi excitación hasta dejar que su lengua entre por entero arrasándolo todo. Me agarro a sus hombros, está más musculado aún de lo que parece vestido.

Se detiene y se aleja de mí unos pasos; ¿Qué pasa? No quiero que pare. Me acerco a él y coloco mis manos en su cuello colgándome de él acercando mi cadera a su cuerpo.

No noto su tacto, sus besos dejan de saber mientras se difumina; ¿Qué?

Me despierto empapada de sudor; ¿Qué cojones ha sido eso? A ver... Sé de sobra lo que es un sueño erótico, pero... ¿Con mi jefe? ¡No, no y no! Catherine, estás enferma. Pego un salto de la cama, como si estuviera yo para esos trotes, dispuesta a encaminarme directa a la ducha.

Sé que está mal haber tenido ese sueño y estar convencida de que el buenorro del bombero puede ser interesante de conocer, pero el sueño es parte del subconsciente por lo que no me voy a poner a descifrar qué me pasa en la cabeza; Más que nada porque no llego a comer.

Elijo unos vaqueros que me resalten la figura y una blusa de la que no pienso abrochar los primeros botones. Me rizo el pelo un poco y me maquillo antes de recibir un mensaje en el móvil con una ubicación. Marcus está resultado ser alguien resuelto, bueno, siendo bombero... ¿Es lo que se espera, no?

Me siento sexy al bajar del coche intentando pisar con seguridad en mis botas de cuero marrones. Soy una chica dinámica y extrovertida que no tiene miedo de quedar con un hombre para hacer lo que se tercie. Hablo conmigo misma mientras llego hasta el restaurante que resulta ser un asador.

–Por un momento he creído que ibas a darme plantón. –asegura Marcus levantándose de la silla.

¿Era tan alto cuando me sacó del ascensor? Seguramente sí, la gente no crece a palmos por las noches.

–Yo... Tengo un jefe algo intenso. –digo mostrando la primera sonrisa de la cita.

¿Por qué he tenido que nombrar a Tom? Me pongo incómoda al pensar en ello y me remuevo un poco en la silla.

–Sí, ya me doy cuenta. Bueno, todos tenemos movidas en nuestras profesiones. No te preocupes. –Sonríe encantador.

Marcus debe medir uno casi ochenta, tiene el pelo rubio ceniza y uno ojos verdes que serían la tentación de cualquiera; ¡Quedarme en el ascensor a lo mejor no había sido tan malo!

–Sí, en tu trabajo debe haber situaciones muy tensas. –digo mordiéndome el labio.

–A veces sí, pero para qué alardear de algo que no es tan grande como la gente se piensa. La mayoría de las veces seguramente arde más tu oficina que nuestro teléfono de emergencias. – asegura mostrando que encima es humilde.

¿Mi radar está detectando que es un hombre demasiado bueno para ser verdad?

–Si estáis tan desocupados deberíais protagonizar una sesión de fotografía, el último calendario que hicimos de bomberos fue todo un éxito. –dije riéndome sola.

–Así que eres fotógrafa... Debe ser un trabajo interesante. – ¿Condescendiente o realidad?

– ¿Por qué crees que es interesante? –interrogo mientras la camarera anota que queremos dos menús del día.

Me fijo intensamente en que no parece tentado a pedir alcohol en la parte de la bebida, seguramente no bebía por su trabajo. Yo tampoco soy excesiva cuando digo de tomarme algo, no lo necesito para arrancarme cual loca a bailar.

–Digamos que alguien atractivo quiere ser parte de una campaña. –empieza a decir.

–Sí, tú por ejemplo. –Sonrío seductoramente tras decirlo.

–A gustos colores. Pongamos de ejemplo en quien tú pienses, no hace falta que me lo digas. – ¿Por qué acaba de aparecer en mi mente Tom? –No tiene que ser sencillo que expresen lo que tú quieres que muestren en la campaña aunque la cara y el cuerpo sea el que quieres. –añade.

Vaya... Inteligente.

–Me sorprende que tengas mi trabajo en tan alta estima. –Burlarse también es una forma de ligar, no quiero parecer aburrida.

–Bueno... Es una percepción, pero quiero conocerte mejor. ¿Por qué elegiste esa profesión? –cuestiona empezando a comer de una manera lenta y pausada.

–Pues... Me gusta inmortalizar momentos únicos, hacer que la gente tenga emociones cuando ve una determinada foto de campaña. –Pienso en ello sin querer por lo que debo estar sonriendo como una tonta cuando me doy cuenta.

– ¿Y tú? ¿Por qué bombero? Hay mujeres a las que parece muy sexy la profesión de bombero. –aseguro comenzando a comer de mi plato.

–Te aseguro que es un buen punto a tener en cuenta y me gustaría parecerte sexy como tú dices. –Suelta una carcajada y me entra calor en las mejillas. –Pero es cosa de familia, mi padre también lo era. –añade dando un dato tierno.

Vale, Catherine, céntrate: Marcus resulta ser un hombre guapo, divertido e inteligente. ¿Qué tiene de malo para estar solo? Puedo preguntárselo.

–Paguemos a medias. –sugiero ya apoyados en la barra para irnos. Se encoge de hombros y no insiste; No quiero que parezca que busco un príncipe que me salve ni nada por el estilo. – ¿Por qué estás soltero? –pregunto saliendo delante de él.

–Te diría que porque estás de suerte, pero lo cierto es que me cuesta establecer relaciones

serias. –Se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

Me quedo quieta porque, por alguna razón, aunque acabo de conocerle no me cuadra con el resto de sus respuestas.

–Esa respuesta tiene matices que quieres ahorrarte. –aseguro frunciendo la nariz.

–Puede ser. –admite. – ¿Quieres que vayamos a tomar algo? –pregunta deteniéndose también.

–Pues... Estaría bien. –contesto mordiéndome el labio.

Estamos muy juntos y sonrientes; Es de esos momentos en los que ambos sabemos lo que va a pasar, nos besaremos y no nos despegaremos hasta estar satisfechos en la cama.

Mi móvil empieza a sonar ruidosamente; ¿En serio? ¿Puedo tener más mala suerte? No voy a cogerlo, no estoy esperando ninguna llamada tan importante. Marcus se ríe y se rasca la nuca antes de hacer un gesto con la mano indicando que no le importa que lo coja. ¡Qué vergüenza, justo en el momento del beso!

La pantalla iluminada me muestra un número que no conozco y aún así descuelgo, si es algo comercial que entiendan que no quiero nada antes de que estemos en una situación aún más comprometida.

– ¿Sí? –Educación ante todo Catherine.

–Necesito que vengas. – ¿Esa voz es la de Tom?

– ¿Jefe? ¿Desde dónde me estás llamando? –pregunto sin poder ocultar mi desconcierto.

Marcus deja de estar sonriente y frunce un poco el ceño, debe estar pensando lo mismo que yo: No me van a llamar para nada bueno.

–Desde mi teléfono. ¿No tienes guardado el número de tu jefe? –cuestiona con cierto enfado al otro lado de la línea.

–Me veo en la obligación de recordarte que soy tu fotógrafa estrella y ni siquiera estabas seguro de que trabajase en el mismo edificio que tú. –replico enfurruñada.

–Bueno, como sea, ven que es importante para la campaña. –espeta sin darle más importancia a lo que acabo de recalcarle.

–Seguro que puede esperar a mañana a primera hora. – ¿Puedo decirle que no me joda ahora que va todo tan bien?

–Si quieres que tengamos campaña de otoño, tiene que ser hoy. –argumenta para después colgar.

¿Me ha colgado? ¿De verdad? Pongo los ojos en blanco sin tener en cuenta que Marcus está delante.

–Tu jefe parece un hombre muy exigente. –sugiere metiéndose las manos en los bolsillos.

–He trabajado mucho para hacer la campaña de otoño. –Me encojo de hombros a modo de disculpa. –Debe ser importante. –añado con cierto pesar.

–No importa, lo he pasado bien. –asegura acercándose.

Si antes nos hubiéramos llegado a besar, antes de la dichosa llamada, ahora le comería la boca para que tuviera claro que no iba a librarse de mí tan fácilmente, no sin haber disfrutado el uno del otro; Pero como Tom es así de oportuno... Me toca despedirme con dos besos en la mejilla más sosos que un higo chungo.

Genial, estropeando las cosas buenas de nuevo por mi dedicación al trabajo, si es que no aprendo.

¿No ha tenido nada que ver en mi decisión de no negarme a ir que me hubiese llamado Tom, verdad? Claro que no, simplemente me importa lo que hago. No me suena convincente ni a mí misma.

Capítulo 7

Llego al edificio deseando subir al estudio para ver qué había pasado; Mi trabajo no se hacía de la noche a la mañana y un imprevisto podía tumbar toda una campaña.

Repaso mentalmente, mientras subo por las escaleras, cada paso que había tomado en el proceso de la campaña para intentar descubrir dónde estaba el error; Muy distinto a lo que la mayoría de la gente piensa, las fotos y el retoque es sólo la parte final; Elegir tema, modelos, colores, vestuario, escenario...

–Ya estoy aquí. –digo parándome en el detalle de que hay alguien que no conozco en mi mesa. – ¿Tú quién eres? –pregunto sin contención.

–Oh, soy nueva en el estudio. –La chica se levanta para ponerse a mi nivel. –Mi nombre es Sara, soy la nueva asistente de fotografía. –Su presentación no me dice absolutamente nada.

¿Asistente de fotografía? ¿Qué cargo es ese? Yo debería saberlo porque es mi campo en la empresa. El agobio empieza a hacer aparición en escena. Cálmate Catherine.

– ¿Sabes dónde está el jefe? –pregunto intentando no sonar brusca.

–Oh, sí, está en su despacho. –dice volviéndose a sentar en mi silla de trabajo tan feliz.

Yo trabajo sola, no es nada personal pero la fotografía es entendida para mí como un arte subjetivo en el que tengo una opinión muy propia. Bueno, hablaré de eso más tarde si es pertinente; Lo primero es ver qué pasa con la campaña.

–Has llegado... –murmura como si no me esperase en realidad.

–Me has dicho que de mí dependía la campaña, no me has dado muchas opciones. –respondí aún cogiendo aliento por la carrera. – ¿Qué ha pasado? –pregunto barajando mil opciones: Las fotos se han perdido, alguna modelo ha retirado su permiso, han lanzado una campaña parecida antes que nosotros...

–Creo que esta foto debería estar medio tono más oscuro. –asegura girando su pantalla hacia mí.

Parpadeo sin poder creerme que me haya llamado para eso. Espero la verdadera razón, una que mereciera la pena.

–Eso sabe hacerlo cualquiera, la foto está terminada, sólo hay que darle a un botón. Sara, esa de ahí fuera, si tiene titulación para que quieras que sea asistente de fotografía podría haberte

demostrado “su talento” haciendo esa sencilla tarea. De hecho, vamos a verlo. –espeto cabreada como un toro de Miura. –Sara, bonita, ven. –grito sin salir del despacho.

No necesito esperar mucho para ver el pelo rubio de la alegre chica aparecer. Está más feliz que una perdiz con que la necesitemos para algo; Quizá yo también era así de entusiasta cuando empecé pero ya no, nada es tan bonito como parece.

– ¿En qué puedo ayudar? –pregunta con los ojos brillantes de emoción.

¿De dónde ha salido esta chica? ¿Cuándo se ha empezado a buscar un asistente para mi puesto?

–Necesitamos que bajes medio tono a esta foto. –aseguro dándole total libertad para trastear el portátil de mi jefe.

No se lo pienso y aunque hace un gesto de extrañeza, se pone a ello. Un minuto y medio, eso es lo que tarda en hacerlo.

–Es que es increíble. –exclamo poniendo los brazos cruzados contra el pecho.

– ¿No está bien? –pregunta Sara algo sobresaltada.

–Oh, sí está bien. Está perfecto de hecho porque es algo muy sencillo. –espeto mirando a mi jefe entrecerrando los ojos.

Me ha jodido una cita que iba perfecta para nada.

–Puedo hacer algo más complicado si quieres, pero esta foto... Ya está perfecta. –anuncia Sara encogiéndose de hombros.

– ¿Ves? Ella también lo ve perfecto. –respondo colocando los brazos en jarras.

–Bueno, quería estar seguro y no quería que nadie metiese mano en tu trabajo sin tu supervisión. Además, así ya empezáis a trabajar juntas. –exclama dando por finalizada la conversación.

– ¿Cómo es que vamos a contratar una asistente de fotografía? –pregunto. –No digo que no quieras que estés, solo pregunto por qué no se me había informado. –añado sin querer hacer sentir a la chica mal.

–Oh, muy sencillo de explicar: Es mi hermana y mis padres quieren que empiece sus prácticas aquí. Tienes que pasarle tu sabiduría profesional. –Eso último ha sonado a ironía.

– ¿No tengo otra opción? –pregunto torciendo el morro.

–No. –responde escuetamente.

–Perfecto. ¿Algo más? –Estoy muy cabreada en este momento.

Salgo del despacho todo lo rápido que puedo echando humo por la cabeza y con ganas de reventarle el portátil a mi jefe en la cabeza. Voy hasta mi escritorio para dejarme caer en la silla desde media altura; La mañana se me va a hacer muy larga.

Oigo una silla desplazarse hacia mí y me fijo en mi nueva compañera. Sara podía ser una novata pero eso no la convierte en una asistente cualquiera; Prácticamente podría ser mi jefa. ¿Acabaría siéndolo?

–No te preocupes, no tengo intención de quitarle el puesto. –anuncia sonriente. –Sólo quiero

aprender más, profundizar en lo que decidí estudiar. Además, mi hermano no me tiene como referencia, no te preocupes por eso. –añade con una carcajada.

–Tu hermano es un estúpido. Yo tenía el día libre y me ha hecho venir para bajarle un tono a una foto. Quiero matarlo. –aseguro sin poder callarme.

–Él tiene sus motivos para todo, lo que pasa es que nadie los entiende; Recto, cuadrado y un toca pelotas. –contesta dándome un pequeño empujón.

Al final nos vamos a llevar bien y todo.

–Acabamos de terminar la campaña de otoño, no sé si lo sabes. Ahora pasamos a los spot que aunque son menos globales dan mucho dinero a la empresa. Te paso los distintos proyectos que tenemos para que vayas echándole un vistazo, puedes dar ideas para que hagamos el primer borrador de cada uno de ellas. –Paso los dosieres a mi nueva compañera.

Trasteo el portátil para arriba y para abajo sin saber bien qué hacer ya que no tengo ninguna idea fresca por el simple hecho de que estoy de mal humor. Cojo el móvil tras un bip y me quedo sonriente al comprobar que se trata de un mensaje de Marcus.

“Lo he pasado muy bien, quizá podríamos tomar un café sin que se entere tu jefe cualquier otro día”

– ¿Es tu novio? –pregunta Sara sacándome de mis pensamientos.

–No, un amigo. –respondo sintiéndome rara al hablar de esas cosas. No soy muy de dedicar tiempo a estar con otras chicas para charlar. – ¿Tú tienes novio? –cuestiono dejando de hacer como que trabajo.

–Que va, no he tenido tiempo de formalizar una relación mientras viajaba para conocer mundo. Mis padres quieren que sea una persona de éxito, como Tom. Aunque a mí no me gusta pensar que voy a ser una persona tan seria, yo soy más de vivir el momento, espiritualidad ante todo. –dice demostrando que le gusta hablar un rato.

–No tengo tiempo de ser espiritual. –contesto peinándome con los dedos. –Nos tenemos que poner con los de Halloween que suelen ser muy trabajosos. –añado rebuscando en mis carpetas de cosas preparadas. –Ve echándole un vistazo a esto también si quieres, tengo que hablar con tu hermano sobre mi jornada laboral. –murmuro con las ideas agolpándose dentro de mí.

Voy a la oficina de Tom Harper decidida a explicarle las cosas claras. Me quedo quieta en el marco de la puerta observando a mi jefe inmerso en unos papeles que deben ser importantes.

– ¿Vas a quedarte mirándome o piensas decir algo? –cuestiona sin levantar la vista hacia mí más que un momento.

–Quiero saber qué horario va a tener la nueva asistente. –Omito recalcar que es su hermana. – Y exactamente qué quieres que haga con ella. –añado.

–Sara es una entusiasta, liberal y excéntrica a la que le gusta vivir la vida a su manera. Ha hecho varios cursos de fotografía allí donde ha ido porque era la excusa perfecta para que mis padres le pagasen lo viajes con su consecuente hotel y esas cosas. –explica mientras sigue leyendo sus papeles.

–Perfecto. Pero aún no me has dicho qué quieres que haga con ella, cuánto tiempo se va a quedar, si participa en todas las campañas... –argumento sintiendo que el agobio se hacía eco en

mi presencia al pensar en tener a alguien a mi cargo.

–Intentan que siente la cabeza para que empiece a ganar dinero por sí misma. Aseguran que la forma más eficaz de hacerlo es darle nosotros el trabajo, algo que es un error, y que empiece poco a poco. Así que básicamente tienes que conseguir que trabaje, el ritmo márcalo tú misma. – Se queda pensativo. –Y en cuanto al horario, pónselo tú. Es más, decide tú todo lo que respecta ella porque yo ni siquiera estoy de acuerdo en que esté aquí. –añade cabreado.

– ¿Sabes cuál es el cuento del lobo? –pregunto provocando que eleve una ceja pero no contestándome. –No volveré a dejar una cita a medias para venir al trabajo, así que espero que no haya imprevistos de verdad. –añado cabreada.

–Por un momento me ha dado la sensación de que piensas que me importa tu vida sentimental. –espeta de forma borde.

–Si lo hubiese pensado, que no lo estoy afirmando, será porque me ha dado la sensación de te importa. –contesto devolviéndole el puñal irónico.

Me ignora pero una sonrisa pasa tímidamente por sus labios. Sus ojos caen en mí penetrantes por un segundo. Mis piernas tiemblan, me muerdo el labio y... Salgo de allí dando un portazo como si tuviese que huir de él; ¿Por qué cuando estamos a solas cualquier cosa que hablamos me resulta excitante?

Capítulo 8

Suena el despertador como siempre temprano pero en vez de tener ganas de saltar de la cama como de costumbre me tapo con la sábana aún más. Por alguna razón siento que mi trabajo tiene nuevas dimensiones que no estoy dispuesta a explorar.

Soy una persona a la que le gusta salir, vivir experiencias, quizá incluso estoy un poco loca pero no establezco relaciones ni de amistad ni amorosas serias porque no tengo tiempo ni ganas de arruinar lo bien que me va la vida. Echo un vistazo a mi apartamento...A ver, no es la casa de mis sueños pero me la puedo permitir con mis estanterías del Ikea y mi Netflix pagado.

Voy hacia la cocina y pongo en marcha la cafetera para que vaya saliendo mientras me pego una ducha. Hoy va a ser un buen día, eso me repito una y otra vez enjuagándome el champú.

Miro el móvil comprobando la hora y veo que acaba de entrar un mensaje. Es Marcus.

“Te espero en la cafetería de en frente de tu trabajo en media hora”

¿Una cita desayuno antes de entrar a trabajar? Apago la cafetera aún en toalla justo antes de que se ponga a hacer ruido de ultratumba. Marcus ha conseguido sorprenderme, no parece de los que se amedrenta ante los problemas y al parecer yo tengo muchos en el trabajo últimamente.

Escojo una camisa bien ajustada azul claro con la que intento destacar mi pelo negro azabache largo hasta la cintura. Hoy me lo dejo suelto para ver a Marcus, no se me escapa el meneo que puede darme.

Me siento en la barra de la cafetería comprobando en mi reloj que aún no es la hora acordada, por tres minutos.

–Ponme un café con leche y una napolitana. –pido para ir adelantando.

–Buenos días. –dice una voz femenina.

Me giro para encontrarme de frente con la sonrisa espléndida de Sara; ¿Qué hace aquí tan temprano? Le devuelvo la sonrisa poco convencida; La idea de que me vea con mi “amigo” con lo bocazas que intuyo que es, no me apetece nada.

–Vaya, para ser una irresponsable como insinúa tu hermano te tomas enserio lo de llegar puntual. – ¿Por qué acaba de salir eso por mi boca?

–Oh, ya... Intento demostrar que no soy como piensan. –Se queda pensativa por un momento. –Aunque quizá si soy tal y como dicen pero no quiero que lo sepan. –añade riéndose para seguir tomando de su vaso lo que parece un batido.

–Hola. –Marcus toca mi hombro desde atrás. –Siento si te he hecho esperar. –dice rascándose la nuca.

Aquí viene, uno de esos momentos en los que no tengo ni puñetera idea de lo que tengo que hacer. Yo le daría un pico por ir avanzando pero son las siete de la mañana y... No estoy muy segura. Él avanza hacia mí y me das dos besos en la mejilla. Vaya, lo de los besos va a tener que esperar.

–Ha sido buena idea quedar para desayunar; ¿Qué haces mañana? –aventuro con la idea de que podamos seguir adelante.

Mañana es domingo, gracias a Dios. No trabajo y pienso hacer lo que tendríamos que haber hecho el primer día.

–El sábado tengo guardia por lo que termino a las siete de la mañana del domingo, pero duermo un par de horas y estoy donde tú me digas. –asegura.

¡En mi cama!

–Qué concurrido está esto. –Ese tonito de desaprobación sólo puede ser de Tom Harper.

¿De verdad él desayuna aquí alguna mañana? Su traje de valor incalculable me hace dudarle en exceso. No seas egocéntrica, viene por su hermana.

–Buenos días. –murmuro a sabiendas de que es mi jefe pese a quien le pese.

¿Por qué se me hace tan incómodo que ellos estén el mismo espacio?

– ¿Tu jefe? –pregunta Marcus entrecerrando los ojos.

–El mismo. –contesta Tom metiéndose donde no le importa.

Estoy impactada ahora mismo. Mi jefe se ha dado la vuelta para que ellos estrechen la mano; ¿Por qué siento que eso no es normal? Observo el rostro de Sara para sentirme aliviada al comprobar que no soy la única que piensa que eso está fuera de lugar por parte de ambos.

–Bueno, yo me he terminado el café. –digo con prisa.

–Catherine, aún no he pedido. –contesta Marcus poniendo una de sus manos en mi rodilla. – Por cierto, estás muy guapa. Me he equivocado de profesión. –asegura guiñándome un ojo a modo de piropo.

Intento relajarme, de verdad que lo estoy intentando pero siento el escrutinio de mi jefe en el cogote como si pudiese oír su respiración, la cual por algún motivo me la imagino entrecortada, y sus aires de desaprobación; ¿Desaprobar qué exactamente?

– ¿Y qué te cuentas? –Mi pregunta ha sonado idiota y sé que es debido a mis nervios.

¡Qué desastre!

–Pues... Va a haber una fiesta el sábado que viene por la conmemoración de la reconstrucción del museo. He pensado que podrías acompañarme. –sugiere socarronamente.

–Las siete y veintiocho. –dice Tom Harper al pasar por nuestro lado de salida.

Yo entro a y media pero eso acaba de ser una advertencia, qué cruz.

–Hablamos de ello mañana, pásame dónde quieres quedar en un mensaje. –respondo a toda prisa.

Dejo el pago de mi consumición en la barra a pesar de que le oigo decir que no hace falta. No me paro a darle dos besos mientras salgo prácticamente corriendo. Seguramente piensa que es porque mi jefe es un imbécil que me ha apurado con la hora, pero la verdad no es esa... No me gusta ver lo que está pasando con Marcus: Dice que no le gustan las relaciones serias, pero es la tercera vez que quedamos sin que pase nada entre nosotros, me quiere invitar al café... ¡Y a una fiesta!

–Menudo bombón te has buscado. ¿Lo conociste en un spot? ¡Yo me quedo en este estudio! –exclama Sara a mi lado aunque está presente su hermano.

Tom Harper me dedica una mirada intensa en la que puedo observar motas doradas en sus pupilas color miel. No respondo aprovechando que empieza a entrar más gente para la reunión de contenidos.

–Buenos días. –dice Fátima al pasar por mi lado.

¿Qué hace esa víbora sonriéndome tanto? Caigo en la cuenta enseguida, no es a mí sino a la hermana del jefe.

–No me cae bien. –susurra Sara a mi lado.

La miro de reajo comprobando que se está riendo; ¿Siempre dice lo que piensa? Posiblemente sí. Si yo sin ser rica soy una bomba de relojería sino tuviese que tener contención la liaría parda más de una vez.

–La semana que viene es la fiesta de la reconstrucción del museo y, cómo no podía ser de otro modo, han solicitado nuestra colaboración para hacer una exposición memorable sobre el tema. –anuncia Ben, el filtro de las relaciones con los demás.

–Cat y Sara pensarán algo durante el día. Me lo comunicáis a mí directamente y yo a los demás departamentos. –interviene Tom que parece más pensativo de lo normal.

¿Desde cuándo me llama Cat? No es que no me guste pero... No viene a cuento.

Dejo pasar los minutos de la reunión inmersa en darle vueltas a la pulsera que llevo puesta de cuero para calmar los nervios. Debo centrarme en el trabajo que últimamente me cuesta más realizar de lo normal.

–Nosotras nos quedamos aquí. –informo a Sara que se sienta de nuevo.

Usar la sala de reuniones para poner nuestra tormenta de ideas en marcha no es lo habitual, pero no quiero tener los ojos de Tom clavados en nosotras desde la silla de su despacho.

Hago memoria dándome cuenta de una realidad: Antes nunca tenía las persianas abiertas. Yo llevo trabajando en la empresa tres años y no había cruzado con él más de tres palabras; Algo había cambiado entre nosotros después del encontronazo en el ascensor.

¡Se llama tensión sexual no resuelta!

– ¿Sabes? Mi hermano está muy raro últimamente. –suelta Sara cuando estamos solas.

¿Debería decirle que nos centremos en trabajar y dejemos a un lado el cotilleo? Probablemente, pero no voy a hacerlo.

– ¿Y eso? –cuestiono con un interés real intentando que no se note.

–Él es... Bueno, un tío muy serio, pero eso no hace que no se divierta... Siempre ha tenido amantes, muy selectivas eso sí, pero desde que llegué no le he visto con nadie... ¿Estará preocupado por algo? –pregunta a modo de conclusión.

–Pues... no sé qué vida sentimental tenía antes pero aquí nunca se deja ver con nadie. Y aquí no se relaciona con ninguna de ese modo. –reflexiono en alto.

–Oh, no, aquí ya sé que no. “Las empleadas son solo eso” es una frase que mi hermano tiene marcada a fuego; Considera que es un follón, dado su cargo, mezclar las cosas. –contesta riéndose un poco.

–Es una decisión inteligente. –comento. Omito decir que también puede ser inconveniente puesto que no podemos vivir siempre con esa tensión.

–Puede ser. –Se encoge de hombros empezando a ver las fotos que saco de la reconstrucción del monumento. –Oye... Una pregunta indiscreta... ¿No es a esta fiesta a la que te ha invitado el buenorro del bar? –pregunta mostrándome una verdad en la que ni siquiera había caído.

–Sí. –respondo escuetamente.

–Oye, si el chico no te gusta me lo pasas. –sugiere risueña.

–Lo tengo en cuenta. –añado sorprendiéndola.

Capítulo 9

Estoy con la cabeza sobre la mesa de la sala de reuniones desesperada con mi falta de ideas.

–Podemos hacer fotos del antes y después de la reconstrucción. Un collage mezclando ambas. –sugiere Sara tan cansada como yo.

–No es mala idea, pero no tiene el tinte impactante que tu hermano va a querer. –digo sin maldad alguna.

– ¿Café? –pregunta con los ojos salidos de órbita.

–Con leche por favor. –contesto dándome pequeños cabezazos.

¿Cómo puedo estar falta de contenido? Eso es que duermo poco, maldita yo.

–No creo que te pague tan poco como para que te autolesiones. –Tom está en la puerta apoyado con una postura sensual.

–Sí, deberías considerar un aumento de suelo. –Me río y él hace lo mismo.

–Aquí está el café. Ay, mierda, quema. –exclama Sara pasando por debajo del brazo de Tom que no está dispuesto a moverse.

–Llama a tu amigo el bombero. –ironiza mi jefe metiendo el dedo en la yaga.

– ¡Eso es! –grito convencida de que ha dado en el clavo sin querer.

–Era una broma. –dice sin un ápice de gracia en su rostro.

– ¡Pero es genial! –chillo chocando los cinco con Sara.

–Ya lo veo, mezclar la parte de monumento y la forma humana. –argumenta viéndolo.

Quizá después de todo no tiene una mala visión de la fotografía, al menos no es muy distinta a la mía.

–No vamos a trabajar sobre eso. –asegura Tom rompiendo nuestra felicidad.

–Nunca has tenido problema con mis ideas. –ataco molesta por intuir a qué se debe su negativa.

–Pues no me gusta, soy el jefe; Busca otra cosa. –Es su última frase antes de salir de la sala de reuniones.

– ¿Pero qué mierda le pasa? –vocifera Sara con poca paciencia.

–Ni lo sé ni me importa. Coge tus cosas, nos vamos al parque de bomberos. –aseguro sin tener en cuenta el ataque de idiotez de mi jefe.

–No puedes hacerlo sin su consentimiento. –murmura saliendo detrás de mí casi como si fuésemos a hacer algo ilegal.

–Claro que puedo. Será un evento genial y todo el mundo hablará de su maldita empresa. –replico metiendo en mi maletín objetivos y otras cosas necesarias.

Nos montamos en mi coche, desconozco si mi nueva compañera tiene uno aunque deduzco que la respuesta es afirmativa y que será uno mucho más caro. Dudo en la forma de proceder puesto que conocer a un bombero no significa que pueda pasearme como yo quiera. Además, si no quiero que parezca que es una relación o algo por estilo tengo que hablar directamente con quien lo haría sino lo hubiera conocido: El director del parque de bomberos.

–Perdonad, ¿el jefe? –pregunta Sara tomando la iniciativa.

Los dos chicos que se paran sonrían de una forma especial, casi como si les gustase mi acompañante.

–Ahí dentro. Entrad sin más. –contesta uno de ellos antes de ponerse el traje para irse en el camión.

– ¿Se puede? –pregunto empujando la puerta de dirección. –Tú. –exclamo al ver a Marcus sentado en la silla del despacho. – ¿Eres el director del parque de bomberos? –añado con voz chillona.

–Si no me han quitado el puesto esta misma mañana, sí. –responde risueño.

¿Cómo es capaz de tomarse todo irritablemente bien?

–Oh, eso es genial, así seguro que nos dices que sí. –exclama Sara.

¡Tierra, trágame!

–Bueno, hay una alta probabilidad de que así sea siendo vosotras. –ronronea Marcus dispuesto a regalarnos la mejor de sus sonrisas.

–Verás... ¿Recuerdas la fiesta a la que has invitado esta mañana a mi amiga? –Por favor, Sara, cállate. ¿Amigas? Si me está mandado a mi tumba. –Pues... Nuestro jefe nos ha mandado hacer una especie de exposición fotográfica para la fiesta. Hemos pensado que podemos hacer fotos realmente buenas implicando a personal que hizo que no hubieran víctimas: Los bomberos. –concluye orgullosa.

–No has tardado en hacer realidad lo del calendario. –admite riéndose. –Supongo que podemos colaborar, lo único que yo no puedo obligar a mis chicos, posará quien así quiera hacerlo. –añade como buen jefe.

– ¿Contamos con tus pectorales? –pregunta Sara provocando que me sonroje.

¡Y yo pensando que soy lanzada!

–Claro, mañana Catherine tomará mis fotos. –asegura guiñándome un ojo.

El teléfono de su despacho suena y nos hace un gesto tras cogerlo. Sí, algo así como “Hablamos mañana con calma en nuestra cita, la cuarta”.

– ¿Sabes que mi hermano colaboró con más de tres millones para la reforma del monumento? –La información de Sara me sorprende.

–Pero eso es más de un setenta por ciento del coste total. –digo haciendo mucho énfasis. –Él tiene que salir en las fotos. –añado sin pensarlo bien.

–Oh, eso... No lo hará. –contesta escuetamente.

–Pues tendrá que hacerlo si quiere que haya una buena campaña. –rebato sin problema.

–Buena suerte. –dice sin más.

– ¿Qué harás mañana en tu día libre? –pregunto confesándome a mí misma que me cae bien.

–Saldré a bailar; Deberías venirte. –asegura.

–No puedo. –admito tímidamente.

–Ah, es verdad, las fotos del buenorro. Algunas tienen suerte. Si cambias de opinión igualmente me llamas. Cogí tu número de recursos humanos, te pego un toque y lo guardas. – dice tan campante que me da la risa.

–Lo haré. –contesto con la extraña sensación de que tengo una amiga.

Subo a mi mesa en el estudio aunque ya es mi hora de salida puesto que es sábado. Me gustaría dejar atado lo de las fotos con Tom. Lo observo de soslayo desde mi silla con ruedas dar vueltas hablando por teléfono en su despacho. No parece un buen momento. Puedo esperar.

A la media hora lo veo salir con su chaqueta en la mano a toda prisa hacia el ascensor. Mierda, que se me escapa. Otra vez a meterme en el ascensor no. No tengo otra opción así que me meto en el último segundo junto a él en el espacio cerrado.

– ¿Ya te vas? –pregunto intentando iniciar la conversación del mejor modo posible.

–Sí, tengo un viaje inesperado que hacer. –contesta sin despegar la vista de la pantalla de su móvil.

¿Algo familiar? No, Sara estaba tan normal y quería irse de fiesta. La intriga se instala dentro de mí de una forma extraña.

–Pásalo bien. –respondo con cierto tonito de ironía.

¿Qué me pasa?

–Lo haré. –contesta sin darse por aludido con mi comentario en absoluto.

–Lo cierto es que pensaba pedirte algo pero no te veo con buen humor. –aseguro volviéndole a atacar; Quizá esperando que me diga qué le pasa y a dónde va.

–Mejor. –replica borde.

¿Y al imbécil éste qué le pasa? Da igual, pienso pasar un buen fin de semana y después ya analizaré por qué sigo trabajando aquí: El sueldo no está mal, me gusta la fotografía, soy influencia en lo que hago porque la revista es grande... ¡Pero no aguanto a Tom Harper!

Un chófer le está esperando junto a uno de sus lujosos coches para llevarlo a algún sitio. Anda hasta el mismo mirando lo que sea que le tiene tan intrigado en el móvil. Justo antes de que se meta en el vehículo puedo ver las largas piernas de una mujer dentro de él.

¿Eso es todo lo importante que hacer? ¿Un viaje con una de sus amantes?

Bufo, rechino los dientes y pongo los ojos en blanco en un completo pack de indignación; ¡Qué lo que yo tenía que decir es importante!

¿Por qué estoy tan indignada? ¿No ha dicho Sara que Tom últimamente no tenía amantes?

Ni lo sé, ni me importa. Tengo que irme a mi casa a descansar para mi propio festín particular junto a Marcus, eso sí, después de hacerle las fotos para el evento de la próxima semana.

Algo se remueve en mi estómago advirtiéndome que todo esto no está siendo buena idea, que voy a hacer las fotos para nada porque Tom Harper ni va a hacerse las suyas ni va a admitir la de los bomberos; ¿Por qué tanta complicación?

Es una buena idea fotográfica: El museo se quemó, los bomberos ayudaron en la catástrofe, mucha gente fue solidaria aportando dinero para la reconstrucción y Tom Harper casualmente fue el mayor socio de desembolso capital.

Catherine, no va a salir bien.

Lo sé, pero tengo que intentarlo.

Llego a casa con la sensación de agotamiento en el cuerpo. ¿Cómo era mi vida antes del incidente del ascensor? Hago memoria escuetamente y aunque mi trabajo siempre ha requerido de muchas horas de implicación no tenía este desgaste emocional. No me gustan las emociones, eso es mi regla de oro por algo.

Me siento en el sofá mordiéndome el labio mientras me debato entre pedir comida al hindú de la esquina o al mexicano de la calle de atrás. No es que no me guste la gente en sí, es que a lo largo de los años me he ido dando cuenta de que la gente no siempre es lo que parece y que acabas por dedicar tus esfuerzos en una relación, de amistad o de algo más, que no irá a parar a

buen puerto; ¿Y qué pasa cuando esas relaciones se acaban? Que no se mantienen de ninguna forma, ni siquiera de soslayo: Alguien que era un confidente pasa a ser un completo extraño, una pérdida de tiempo.

La imagen de Marcus pasa lentamente por mi cabeza, no es una buena idea alargar nuestra “pequeña relación de amistad y coqueteo”. Tenemos que dejar claro que podemos acostarnos, pero nada más; No debería ser tan difícil conseguir que se sintiera a gusto con eso.

Tom interviene en mis pensamientos a modo de fastidio... ¿Y qué hago con mi jefe? A él sí tengo que verlo muchos años más si no decido tirar mi vida por la borda y cambiar de trabajo... Bufo como única respuesta a mi frustración.

Capítulo 10

Hay dos formas posibles de empezar el día: La primera de ellas es como una chica normal a la que le entra la luz por la ventana en su día libre y sonríe tipo película; La segunda, que es mi opción por lo visto, es asustarme con el ruido de un claxon sonando en la calle.

Salto de la cama directamente dándome un golpe en el dedo meñique, ese que existe sólo para provocar un profundo dolor, con la mesilla de noche. Miro el reloj para comprobar aterrorizada que son las diez de la mañana; ¡Van a despedirme! Corro hasta el baño buscando la pasta de dientes, el cepillo, un pasador para el pelo, el jabón...

¡Alto! Hoy es mi puñetero día libre. Me doy cuenta llevándome la mano a la frente de que casi me da un ataque para nada, me he despistado con el sonido de la dichosa e inoportuna bocina; Diría que lo bueno es que el día solo puede ir a mejor pero tiende a gafarse cuando lo digo.

Café, necesito dos tazas por los menos. Voy a la cocina en busca de mi vicio favorito para quedarme apoyada en el frigorífico mientras se termina de hacer.

“Es mi casa y ya estoy en ella”

El mensaje que acabo de recibir de Marcus junto a su ubicación hacen que exponga una media sonrisa. Su casa parece un buen lugar para resolver nuestra cuestión pendiente, pero algo me dice que no va a ser tan sencillo. Recuerdo que tengo que llevarme las cosas para realizarle las fotos al apuesto director del cuarto de bomberos cuando el esturreo de líquido me demuestran que tengo la cabeza en las nubes: Acabo de tirar el café por toda la encimera menos en el vaso preparado al efecto. Mierda.

Me ducho, me visto y escojo cuidadosamente mi ropa interior. A ver, que la gente se piensa que siempre vamos conjuntadas hasta decir basta pero al menos en mi caso eso sólo pasa cuando tengo una cita o tengo pendiente ligar en un entorno preparado para ello.

Conduzco hasta las afueras de la ciudad con el rumbo marcado en el GPS del móvil para acabar frente a una bonita casa en cuyo exterior hay limoneros plantados. Compruebo que la chincheta que marca mi destino confirma que he llegado; Es un hogar realmente pintoresco con una fachada en amarillo y sus tejas rojas.

–Has llegado. –dice Marcus que está sin camiseta en el jardín.

Mi cita esboza una amplia sonrisa que deja ver todos sus alineados y perfectos dientes blancos. No me fijo mucho en ello porque no puedo, soy humana y mi vista se va de sobra hacia los abdominales marcados por el sudor a pleno sol.

– ¿Eres jardinero en tus ratos libres? –pregunto acercándome a la valla blanca de rejas que cubre el recinto y que él abre para mí.

–Me gusta mantener un buen aspecto en general, incluyendo mi casa. ¿Qué pensarían de lo contrario mis citas? –suelta socarronamente.

–Así que tienes muchas citas... –digo sin un ápice de celos.

Él es un buenorro que se ha puesto en mi camino, encima es majo: Podemos ser amigos con derechos, nada más.

–No alardeo de ello, simplemente tengo amigas a las que a veces les gusta venir. –asegura sin

perder su aspecto encantador.

– ¿Prefieres que hagamos las fotos ahora o...? –Me atrevo a dejar el final de la pregunta en el aire.

¿Qué puedo decir de todas formas? ¿Antes o después de rebozarnos entre las sábanas de tu cama? No, creo que es demasiado.

–Me parece buena idea, así hablamos un poco. –confirma entrando al interior.

No, más hablar no. Me gusta conversar, que nadie se equivoque, pero en la cuarta cita si no nos estamos morreando es que estamos hablando para algo más que ser amigos que se ríen y hacen cosas. No busco ese tipo de profundidad y él ha dicho en más de una ocasión que tampoco estaba acostumbrado a relaciones serias.

– ¿Ha aceptado participar en el mural de fotos para el evento del museo alguno de tus chicos? –interrogo preparando la cámara.

–Sí, al parecer se ha corrido la voz en el cuartel de que las féminas se tirarán detrás de ellos cuando posen como héroes. –Se burla encogiéndose de hombros. –Puedes pasarte mañana por la tarde por el cuartel para hacer las tomas. –añade buscando algo en la habitación contigua.

Saca el traje de bombero y por un instante, admirando sus abdominales marcados a fuego con su cabello rubio ceniza algo mojado me da por pensar que quiere cumplir una fantasía erótica al hacerlo con su traje y por todo lo que más quiero yo también tengo esas ganas ahora mismo.

–El traje... –murmuro sin decir nada en realidad.

–Es para las fotos. ¿Tengo que ponérmelo, verdad? –pregunta sorprendido con mi reacción extrañada.

–Oh, sí, claro. Póntelo y salimos al jardín. –contesto saliendo primero.

¿Qué me pasa? Céntrate Catherine. He hecho todo tipo de fotos para distintas campañas y eso incluye imágenes subidas de tono a montones, sobre todo en la temporada de verano. No me impresionan estas cosas, sólo que la espera se está haciendo tan larga como el día libre en el trabajo o el pequeño despeje en una dieta.

Se coloca en las distintas posiciones que le indico mientras intento imaginar cómo quedarán puestas en los fondos que tengo pensado superponer para que se vea el museo en llamas por detrás y también algunas ya reconstruido. Me concentro en que mis disparos con la cámara sean certeros.

– ¿Hemos terminado? –pregunta tras verme guardar mi instrumento de trabajo en su funda negra.

–Con las fotos sí. –contesto mordiéndome el labio.

–Voy a ponerme ropa normal entonces. –murmura ampliando su sonrisa.

Me siento en el sofá del hogareño salón mirando los distintos adornos que hay en las lejas de las estanterías. Marcus es un hombre muy atractivo, con un trabajo interesante y con una conversación fluida... ¿Qué falla entonces en mi sistema para que quiera terminar cuanto antes de satisfacerme y salir de allí quedando al menos para una semana más tarde para repetir?

Marcus sale tan encantador como se ha ido y pone frente a mí un vaso de limonada con hielo.

Se acerca sentándose justo al lado y pone sus labios encima de los míos. Es un beso tímido y prometedor. Mis manos vuelan por su camiseta en un intento de tocar su fornido cuerpo para encender la llama de la sensualidad. Nuestras bocas suben de intensidad en una lucha suave por mantener el ritmo que está cogiendo la situación.

Un móvil suena interrumpiéndonos y, por una milésima de segundo, viene hasta mi mente la imagen de Tom Harper; No, no puede ser mi jefe porque debe estar muy ocupado con la señorita que le esperaba en su coche.

¿Por qué estoy molesta con ese pensamiento?

–Es el mío. –confirma Marcus alejándose para cogerlo.

Junto las manos jugueteando con ellas para no quedarme mirándolo fijamente, es incómodo. Hay algo que no es natural en el ambiente, es una sensación que me está frenando.

– ¿Todo bien? –cuestiono al verlo volver al salón a toda prisa.

–Lo siento, Cat, pero tengo que irme. Uno de los chicos está malo y no se pueden quedar tan pocos en la guardia del fin de semana. –explica sin parar de moverse cogiendo cosas.

–Oh, claro. No pasa nada. –Me levanto dispuesta a irme sin más hasta mi casa.

El día siempre puede ir a peor.

–Oye... –murmura cogiéndome de la cintura hasta que nuestras caras quedan íntimamente cercanas. –Nos vemos durante la semana y seguimos, de todas formas así no saldrás corriendo tan pronto. –añade socarronamente.

¿Qué ha querido decir con eso? No tengo tiempo de que me conteste porque sale disparado con su coche hacia el parque de bomberos; ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo con mi día libre?

“No saldrás corriendo tan pronto”, la frase retumba una y otra vez en mi cabeza; Yo no tengo que salir corriendo de ningún sitio porque somos amigos que no buscan nada serio; ¿Seguirá siendo así para él?

Aparco en una de las grandes avenidas, no me apetece encerrarme en mi apartamento para darle vueltas a cosas en las que en realidad no quiero pensar: Marcus, Tom, esa chica del coche...

Hago algo insospechado, llamo a Sara para preguntarle que está haciendo. Me cuelga en cuanto le pregunto y me envía ubicación. Esta chica es directa hasta el punto de decir basta.

Me encojo de hombros tras meter la ubicación en el GPS y me detengo al llegar a una gran finca cuyo lujo me sorprende.

–Hola, hola. Llegas justo a tiempo. –dice contenta Sara.

– ¿A tiempo para qué? –pregunto con cierta desconfianza.

–Oh, para todo. Siempre es el tiempo justo para hacer algo divertido. –asegura abriendo con el mando a distancia la pesada valla.

Capítulo 11

Me quedo mirando a mi nueva amiga como si se hubiese vuelto totalmente loca. Acaba de despelotarse y tirarse a la piscina climatizada en ropa interior.

–Oh, vamos Cat. – ¿Desde cuándo todo el mundo a mi alrededor me llama así? –No nos va a ver nadie, te aseguro que esta casa es una gran fortaleza. –añade dándome la confianza necesaria.

Pues nada, aburrirme no me voy a aburrir con esta chica. Pone música saliendo un momento del agua en un gran equipo que tiene junto a la piscina. Es un sitio genial para pasar el día libre.

–El bombero está saliendo rana. –aseguro tras tirarme en bomba a su lado.

Se me hace raro abrirme con alguien, pero es que Sara es tan... Ella.

– ¿Qué es lo que pasa con ese adonis? Yo le vi muy interesado en ti. –contesta flotando a unos cuantos metros.

–Quizá demasiado interesado. No soy de relaciones, solo amistades. –confirmo. Omito el hecho de que por eso estoy tan sola. No me quejo de todas formas, me gusta tener el control de mi vida porque así puedo vivirla descontrolada: Salir, entrar, cero explicaciones.

– ¿Quién es el culpable de que sólo busques amistades? No me mires así, sé de lo que hablo. –Su riña me produce gracia y me sumerjo para evitar su mirada acusatoria.

–Tuve una relación de tres años que no salió bien. Me esforcé en encajar con su grupo, su familia... Y eso que al principio fue muy difícil para mí porque creía que no pegaba con ellos. – Me quedo pensativa callada. –Para cuando consideraba a todos de mi grupo, Lucas, que así se llama el muy imbécil, decidió que una chica de su gimnasio era suficiente potente como para mandarlo todo por la borda, no sé si me entiendes. –añado sintiendo que el agua está fría al hablar de todo eso.

–Un gilipollas. –insulta cayéndome cada vez mejor.

–Sí, pero de él me libré pronto. Fue de todo lo que le rodeaba de lo que más me costó olvidarme... Estuve sintiéndome sola más de lo que quiero admitir. –confesé.

–Oh, Cat... No hablemos más de eso. Iré a por alcohol. –sugiere abrazándome.

La veo salir de la piscina con una agilidad pasmosa, lo que está claro es que pasa mucho tiempo aquí. Sonríe genuinamente, Sara no parece de las que se dejan influenciar por los demás para ser o no amiga de alguien; Gran punto, sí señor.

Suena a todo volumen una canción que me encanta, soy de las que se emociona con una buena canción de discoteca y si es de las viejas mejor. Levanto las manos aprovechando que estoy en la parte de la piscina que hago pie. Vamos, Cat: Cintura, cuello, el movimiento de sacudir los hombros moviendo los senos.

–Ey, no la quites ahora. –chillo indignada cuando la música se corta de golpe.

Me giro decidida a tirarle agua a Sara por ser tan cruel conmigo cuando me encuentro pasmada en los ojos color miel de Tom observándome con verdadera sorpresa.

– ¡Cat, sal de la piscina que acabo de ver el coche de mi hermano! –grita Sara llegando justo por la puerta descalza para resbalarse al lado de Tom que la mira enarcando una ceja.

–Ya lo veo. –murmuro sin saber qué decir dándole la puntilla a la situación.

– ¿Y bien? –pregunta Tom centrándose en su hermana.

–He invitado a una amiga. –Se encoge de hombros y sonríe.

Buena técnica.

– ¿Ese es mi Whisky escocés? –cuestiona bajando la vista hasta las botellas que traía Sara tan contenta.

–Voy a buscarte ropa. –dice mi amiga saliendo del escrutinio de su hermano.

¡No me dejes aquí, traidora!

No puedo apartar la mirada de Tom Harper. Está algo diferente sin el traje que tanto le caracteriza; Lleva un pantalón deportivo gris y una camiseta de manga corta negra que realza sus pectorales.

–Creía que te ibas de viaje. –murmuro acercándome al borde.

Mi jefe se acuclilla junto a la baldosa de salida.

–No sabía que te colabas en mi casa cuando me iba. –ironiza divertido.

– ¿De haberlo sabido qué habrías hecho? –cuestiono como si fuese una realidad.

–Dejarte la llave. –asegura en un susurro sensual que me desconcierta.

–Bueno, voy a salir. –digo apoyándome en el borde y haciendo impulso para salir dignamente.

En cuanto estoy junto a la imponente altura de mi jefe recuerdo que voy en ropa interior, que esta es bonita porque había quedado y que estoy mojada por la piscina.

Su respiración me da la sensación de que se entrecorta o quizá es la mía pero el ambiente está cargado de una energía electrizante que me paraliza.

–Aquí estoy con la ropa y las... Toallas. –Sara nos observa enarcando una ceja.

–Oh, sí, toalla. Lo mejor. –tartamudeo con prisa.

Paso de puntillas junto a Tom dispuesta a ir hacia mi salvación, la toalla, pero siento mis pies volar en un resbalón de esos que sabes que va a terminar en una ostia terrible. Me agarro a mi jefe sin saber qué otra cosa hacer.

Veo sus ojos abrirse de sorpresa no estando preparado para ello mientras caemos a la piscina ante el grito de horror de Sara que se lleva las manos a la boca.

–Esto podría considerarse una falta grave. –murmura Tom sujetándome aún por la cintura.

–Sí, súmala al hecho de colarme en tu casa. –contesto bajito.

Un carraspeo consigue que mi cerebro reaccione y me separe de mi jefe para ir nadando rápido hasta la esquina donde se encuentra Sara. Salgo y me envuelve en la toalla poniendo cara de circunstancias.

–Se lo va a tomar mal. –sugiere en un susurro.

– ¿No os ibais a cambiaros? –pregunta Tom saliendo con elegancia de la piscina.

Admiro sus fuertes brazos en esa posición perfecta saliendo por el bordillo. Se quita la camiseta empapada y no puedo más que contener la respiración ante semejante cuerpo hecho con cincel; ¿Siempre ha estado así de bueno mi jefe?

–Deberíamos irnos a eso, sí. –contesta Sara cogiéndome de la mano.

Sigo sin pararme mientras nos reímos hasta que llegamos a una especie de vestuarios; ¿Quién tiene un vestuario más grande que el de un gimnasio en su casa?

– ¿Cómo no me dices que es la casa de tu hermano? –pregunto riéndome de la situación porque es mejor que llorar.

–Se suponía que iba a estar de viaje, no me pareció relevante. –contesta encogiéndose de hombros.

–Entiendo que es tu hermano y que por mucho que hagas no va a despedirte, pero es mi jefe y acabo de tirarlo a la piscina. –aseguro tomando conciencia.

–Oh, verás... Eso es bastante curioso. –murmura dejando frente a mí prendas de ropa que supone que me irán bien.

– ¿Por qué es curioso? –pregunto comprobando que lo que ha escogido es, además de caro, es muy corto. – ¿A dónde se supone que vamos a ir vestidas así? –cuestiono sin poder esperar la respuesta de lo primero que he dicho.

–Es curioso que no se haya puesto como una fiera. Te aseguro que conmigo no es tan permisivo. – ¿Qué ha querido decir con eso? –Vamos a un lugar donde podamos seguir con la fiesta. –añade como si no entendiese como pregunto eso.

Termino de arreglarme con todo lo que pone a mi disposición, que es incluso más de lo que tengo en casa. Me miro en el espejo, en efecto el pantalón negro ajustado con los tacones color piel hace que me vea más alta. La camiseta es un top blanco que deja al aire el ombligo, me encantaría si no estuviera Tom Harper en la misma casa que nosotras y dudase que saliésemos sin que nos viera.

– ¿Os vais? –pregunta mi jefe plantado al lado de la puerta ya cambiado e impecable.

–Seguiremos con la fiesta en otra parte para no incordiarte en tu aburrida seriedad. Además, tienes que prepararte para las fotos si quieres salir relajado. –afirma a carcajadas.

Le doy un pisotón a Sara aunque es tarde; ¿Por qué ha tenido que decir eso?

– ¿Qué fotos? –pregunta el aludido mirándome.

– ¿No se lo has dicho aún? –cuestiona Sara girándose hacia mí.

–No he tenido ocasión. –afirmo defendiéndome de las acusaciones.

–Ayer cuando te quedaste en la oficina para eso era un buen momento. –replica quitándose culpabilidad por bocazas.

–Si era un buen momento o no lo tendría que decir yo, pero como ya habéis empezado me lo podéis decir. –sugiere Tom apoyándose con el brazo derecho en un marco.

Esa postura por alguna razón y más sin poderme quitar de la cabeza el momento de la piscina, me resulta excitante.

–Te aseguro que no era un buen momento. Te estaba esperando tu compañía femenina en el coche. –suelto sin poder morderme la lengua.

Una sonrisa cruza el rostro de Tom iluminándolo por un instante para después volver a ponerse serio.

–Quizá no era un buen momento, tienes razón. –dice tranquilamente.

Mi sangre hierve, estoy enfadada... ¿Por qué?

Capítulo 12

Sara ha conseguido librarnos de su hermano con rapidez y astucia sin que tuviese que contestar a sus preguntas sobre las fotos; Me va a decir que no y encima ya lo he planeado de ese modo. Mal abordado.

–Mi hermano está muy raro. –asegura pidiendo el primer margarita en el club selecto donde me ha traído.

El camarero le guiña un ojo a mi amiga tras servirle la copa, desde luego Sara tiene tirón y talento para ligar ya que el chico no está nada mal.

–Tom siempre ha sido raro. –contesto encogiéndome de hombros.

Por alguna razón lo único que quiero hacer es emborracharme hasta perder el sentido con la esperanza de no tener que cruzarme a mi jefe nunca más; ¿Es imposible, verdad?

–No puedo discutirte. –Se ríe y luego alza el cuello como si hubiese encontrado a alguien conocido entre la multitud. – ¿Te dejo un par de minutos sola, vale? –cuestiona aunque da por afirmativa mi respuesta.

No me gusta quedarme sola en un sitio con tanta gente, y menos con personas que llevan en la cartera el sueldo mío de un mes. No es mi sitio, pero soy una loca a la que le gusta la aventura por lo que decido pedirme una copa de champán haciéndome la interesante.

–Buena elección. –La voz de Tom hace que me atragante y escupa un poco del contenido de mi boca de nuevo en la copa. –Eso no es muy elegante. –asegura con una sonrisa torcida.

– ¿Qué haces aquí? –espeto con los ojos muy abiertos.

–No sabía que tenía la entrada prohibida a mi club. –asegura haciéndole un chasquido al camarero para que le traiga una consumición.

Pongo los ojos en blanco sin poder creerme que Sara nos haya traído a un club que pertenece a su hermano cuando hemos huido prácticamente de su súper casa.

–Lo bueno de eso es que no tengo que pagar la consumición. –aseguro levantando la copa.

El camarero busca la aprobación de su jefe ante lo que yo he dicho cuando me ha traído la cuenta. Debo de estar volviéndome loca o quizá ya llevo un par de copas entre lo que he tomado en la casa de Marcus y lo de aquí, pero ni siquiera veo tan temerario a Tom Harper.

–Desde luego, ponlo en mi cuenta. –ordena al camarero mi jefe.

–Me alegro de verte por aquí. – ¿Por qué no puedo contener mis ganas de hablar? –Sí, porque así podemos abordar de una vez por todas lo del tema de las fotos. No existe ningún motivo

razonable para que me digas que no. –aseguro removiendo el contenido de mi copa con la bonita sombrilla.

–En este momento no se me ocurre ningún argumento para no escucharte. –dice recorriendo con su mirada mi cuerpo.

Noto el calor subir hasta mis mejillas que deben haberse teñido de rosa. Es algo perturbadora su forma de observarme. Me remuevo en mi taburete un poco y me río sin saber bien por qué lo hago.

–Tienes que salir en las fotos para el evento de reconstrucción del museo. Ya tengo la parte de los bomberos, bueno, una parte y mañana el resto; ¿Cuándo vas a querer que te haga las tuyas como gran donante a la causa? –pregunto sacando mi móvil para consultar la agenda de empresa.

–Nunca. Yo no salgo en fotos. –espeto cruzando los brazos sobre el pecho. –Yo soy el empresario de la compañía, me beneficio de los spots, no los protagonizo. –añade.

–Pensaba que no ibas a decirme que no. –replico jugando a contar los botones de su camisa con una de mis uñas pintadas de carmesí.

–Hermano. –exclama Sara no sé si horrorizada o contenta. –Ya le dije que tú no hacías esas cosas, el bombero ha estado mucho más dispuesto. Y encima es más guapo. –reflexiona en alto.

No tengo duda de que Sara va más perjudicada que yo si le acaba de soltar eso en su cara a Tom que chasquea la lengua mirándonos alternativamente a una y a otra.

– ¿Tú qué piensas? –pregunta entrecerrando los ojos.

– ¿Sobre qué? –digo sin tener ni idea de en el berenjenal que estoy metida.

– ¿Es el bombero más atractivo que yo? –cuestiona con una media sonrisa torcida asomando en sus labios.

¡Tierra trágame! Me atraganto. No sé ni qué contestar. Intento pensar con claridad pero los pensamientos se atropellan unos a otros en mi cabeza; ¿Pienso yo que Marcus es más guapo que Tom? A ver... Son diferentes y ambos son una delicia para la vista pero...

–No puedo saberlo. –aseguro tomando conciencia por un instante de que a Tom le gusta esa situación. Es como si Sara no estuviese presente, solo puedo verle a él. –A Marcus le he visto posando y a ti no. –afirmo pidiéndole al camarero otra ronda.

Sara se ríe llevándose las manos a la boca, va borracha. Yo intento controlar el dolor de mis hoyuelos por la sonrisa. Tom permanece pensativo frente a nosotras.

–Vamos a tener que remediarlo entonces. Nos vamos a casa a hacer las dichas fotos. –espeto cogiéndome de la mano.

El tacto de mi jefe es suave y cálido. Voy como en una especie de nube hacia el coche. Me subo de copiloto pareciéndome todo irreal; ¿A dónde vamos? ¿Tengo que hacer las fotos ahora?

Tom conduce rápido y, como en cada acto que le he visto hacer, parece estar haciéndolo con arte amatorio: Es pura sensualidad en cada movimiento. Se rasca el puente de la nariz, se remanga la camisa y consulta su reloj que debe valer una fortuna. Antes de que pueda ubicarme, ya estamos de nuevo en su gran mansión.

–Tengo la cámara y los objetivos en mi coche. –admito señalando mi vehículo aparcado al

otro lado de la calle.

Voy a bajarme del coche, la distancia no me vendrá mal de paso. Algo me impide bajar. Los dedos de Tom rozan mi abdomen descubierto consiguiendo que mi piel se erice.

–No puedes bajarte con el cinturón puesto. –susurra muy cerca de mi oído.

Nuestras miradas están cruzadas y nuestros labios demasiado cerca. Soy capaz de oír mis propios latidos acelerados mientras pienso en cómo me estoy olvidando de respirar.

–Seguro. –tartamudeó justo antes de que quite el clic liberándome del cinturón.

Voy hasta mi coche. Mis sensatez, la poca que me queda, me grita “El jefe está prohibido” recordando a la estúpida de Fátima. Da igual, sólo voy a hacer unas fotos y me iré a casa.

Cojo el estuche y le sigo al interior de la casa a alguna habitación que no he tenido el placer de conocer. Solo espero que no sea su dormitorio porque no estoy en plenas facultades para decir que no. Bueno, de todas formas Sara me ha asegurado que el lema de su hermano es “Las empleadas son solo eso”. Que controle él por los dos.

–Esta es la biblioteca, he pensado que puede ser el mejor ambiente para las fotos de un empresario. –sugiere visiblemente tenso.

–Como se nota que tienes una empresa de marketing, como sabes. –murmuro irónica.

–No te viene bien estar tan desinhibida, mañana te arrepentirás. –replica colocándose apoyado en un sillón de cuero marrón.

El objetivo baila un poco mientras intento mirar por él; ¿Esto siempre ha sido tan complicado de enfocar? Me acerco a un dispensador de agua para coger un vaso de plástico.

– ¿Sabes? Creo que deberían ser en la oficina las fotos. –digo tambaleándome un poco.

–Quizá sí. –espetea acercándose a mí.

Tom Harper me agarra del antebrazo sujetándome para que no me caiga de los tacones altísimos. Me sujeto a su camisa quitando distancia entre nosotros. Sus labios están entreabiertos y noto mi propio jadeo bajo ante la promesa de algo excitantemente desconocido.

–Siendo así lo mejor es que me vaya, no quiero interponerme entre tú y esa chica de piernas largas. –replico sin callarme.

–Te veo molesta con la amante que según tengo. –contesta soltándome.

– ¿Eso es que no la tienes? –pregunto enarcando una ceja.

–Las he tenido, pero la chica de la que hablas no es una de ellas. –responde ante mi sorpresa. –Ahora te preguntas quién es, no voy a darte explicaciones al respecto. –añade riéndose.

– ¿Por aquello de que las empleadas somos solo eso? –cuestiono suspicaz.

–Veo que has hablado de mí con Sara... Vete a casa, en un taxi. Mañana nos vemos en la oficina. –dice dándome un beso en la clavícula que no me espero.

No estoy segura de lo que acaba de pasar pero me da la impresión de que esto va a marcar un antes y un después tanto como nuestro episodio del ascensor. “El jefe está prohibido” me lo repito una y otra vez mientras que deseo que el taxi llegue a casa para que todo deje de dar vueltas a mi alrededor.

“¿Ya has hecho las fotos? Voy a la discoteca, Nocturnos, vente que terminemos la noche por todo lo alto.”

El mensaje de Sara hace que me lo planteé. Yo no debería irme a ningún sitio, mañana trabajo tanto en la oficina como en las fotos de los bomberos; Pero, de perdidos al río: Yo me voy de fiesta y lo que venga ya se verá.

–Al Nocturnos por favor. –ordeno al taxista con una sonrisa.

Sí, es el momento de ligar con alguien ajeno a mi entorno habitual para recordarme a mí misma que soy una mujer independiente que hace lo que le gusta y hace feliz sin tener en cuenta cómo se está complicando mi vida sin querer.

Capítulo 13

El club Nocturnos está en la parte pija de la ciudad y eso significa fundamentalmente dos cosas: La primera que todo es más caro de lo que me puedo permitir; La segunda que no se puede ni pestañear sin invitación.

–Nena, Cat. –chilla Sara. –Estoy aquí. –dice agitando mucho sus dos manos desde un reservado que está justo encima de la puerta.

El portero me hace partícipe de su escrutinio lo que me parece una eternidad para después dejarme pasar sin hacerme ninguna pregunta. Sara es tan rica como lo es su hermano, trabaje o no, y eso abre todas las puertas de la ciudad.

–Este sitio está abarrotado. –comento agradeciendo la primera copa que alguien posa en mis manos.

–Ningún negocio de mi hermano va mal, es como un imán para el dinero. –asegura risueña.

– ¿Este club es también de tu hermano? –pregunto horrorizada.

No quiero volver a cruzármelo, no después de haber sido incapaz de hacerle las fotos en su casa porque el alcohol hacía que me diera vueltas la cabeza. Además, seguro que tiene cosas mucho más interesantes que perseguirme como si mi vida fuera un parchís.

– ¿Por qué iba a ir a negocios donde me clavan por estar si puedo venir a locales que prácticamente es como si fueran míos? –cuestiona haciéndome ver una realidad bastante coherente.

– ¿Es por eso que tu hermano piensa que vives del cuento? –pregunto sin pelos en la lengua.

–Piensan lo que yo quiero que piensen. No quiero ser como mi padre o como Tom; De hecho, preferiría ser como tú. –asegura sentándose fastidiada en uno de los sillones cómodos.

– ¿Pobre? –Mi pregunta le hace gracia y me da un pequeño empujón.

–Estoy segura de que si vieras lo que yo veo estarías de acuerdo. Mi padre en su momento, o Tom ahora, dedican su vida a la imagen que los demás tienen de ellos. Mi hermano ni siquiera tiene relaciones normales y sus amantes firman un acuerdo de confidencialidad; Quiero vivir mi vida sin ningún tipo de presión. Ser la oveja negra consigue que nadie espere nada de ti. –confiesa pegado un trago a sus distintos chupitos de tequila.

– ¿Sabes? Sea como sea es la hora de pasárselo bien. –aseguro levantándome para ir directa

hacia la pista.

Hay momentos en los que nada importa excepto lo que estás viviendo; Ahora es uno de esos casos, mi cuerpo contoneándose al ritmo de una buena salsa para después pasar a la bachata al cabo de unos escasos minutos con otro hombre como acompañante. Existe un efecto como consecuencia directa de que una chica esté dispuesta a conocer a alguien para algo más que un baile en una discoteca, se esparcen feromonas que de alguna manera atraen al otro sexo hasta ti.

–Mejor ya sigo yo. –dice una voz ronca detrás de mí.

El chico con el que estaba roneando en una bachata no se lo piensa antes de irse. Le falta pedir perdón al muy gilipollas. Me giro aunque ya sé quién está detrás de mí, solo Tom Harper produce ese efecto.

–Creo que me estás acosando. –murmuro agarrándome para seguir bailando a su cuello cruzando las manos.

–Nadie te creerá si tenemos en cuenta que eres tú quien va de mi casa a cada uno de mis locales. –replica bajito.

–Tienes razón seguramente pero ahora tengo que irme a buscar un fin de noche inolvidable. –confieso sintiéndome prepotente.

–Mejor nos vamos a dormir antes de que mañana tenga que ir a buscarte a algún sitio que no sepas ni cuál es. –asegura entrelazando los dedos conmigo.

–Que yo sepa en los muchos años que llevo trabajando para ti nunca ha pasado eso. –afirmo algo cabreada. –No soy tu responsabilidad, tú y yo... No somos nada. –añado parándome en mitad del club.

–Eres amiga de mi hermana además de mi empleada. Nos vamos. –ordena echándole un vistazo a Sara que enseguida se da por aludida.

–No puedes obligarme. –Me enfurruño y cruzo los brazos en jarras.

–Sí que puedo. –concluye sonriendo.

No me puedo creer lo que está pasando. Tom Harper me coge como un saco de patatas y absolutamente nadie hace nada al respecto. Golpeo un poco su espalda sin verdadera fuerza pero no parece afectarle. Sara andando detrás de nosotros tiene cara de circunstancias; Al parecer no soy la única que no entiende nada.

En el coche de Tom me siento como una niña pequeña a la que han castigado mientras Sara, que está sentada conmigo en la parte de atrás, está en la misma posición de indignada. Llegamos a su mansión y al ver mi coche voy directa hacia allí.

Estoy a punto de montarme cuando una mano coge mi hombro con suavidad. No necesito girarme, aspiro perfectamente la fragancia masculina a menta fresca y jabón limpio que identifica a Tom.

–Eso no es buena idea, duerme en una de las habitaciones de invitados. El servicio te llevará algo de Sara para ponerte. –Su tono es dulce pero no pasa desapercibido para mí que es una especie de orden.

Bueno, no importa; En realidad es lo mejor para mí. Si me ha costado llegar hasta el coche como para conducir hasta mi casa. Subo sin rumbo las escaleras de la casa mientras que una

chica que parece del servicio me sigue. Me paro perdida y me indica que es la habitación del fondo. Sí, lo mejor será que la habitación deje de dar vueltas. Caigo en la cama para dejar paso al sueño que me invade.

Mi móvil suena escandalosamente y me despierto pegando tal bote que me duele la cabeza aunque acaba de empezar el día. Compruebo que se trata de Fátima, la de recursos humanos, y me pregunto qué cojones ha pasado para que me llame.

– ¿Catherine? ¿Se puede saber dónde estás? –chilla al otro lado de la línea.

¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? Me doy cuenta en ese preciso instante de que este cuarto no es mío. Espera, espera... ¿No me trajo Tom a su casa? Compruebo en el móvil que son las nueve de la mañana ya y yo no he ido a trabajar a mi hora.

–Oye, Fátima... No puedo atenderte ahora, luego te doy una explicación. –concluyo.

Le daré una explicación en cuanto se me ocurra alguna, y encima le he colgado. Me llevo las manos a la cara, el día no empieza lo que se dice de una manera buena. Trasteo la habitación hasta dar con la puerta que lleva al baño y decido que ya que las cosas pintan mal para mí por lo menos puedo ir limpia dándome una ducha.

Alguien ha dejado ropa de Sara para mí preparada. Por lo menos tapa toda mi piel ya que son unos vaqueros y una camisa; Nada de tops por la mañana en la casa de mi jefe.

Me deslizo al exterior silencioso y gigantesco que es el pasillo de la planta superior. No encuentro a nadie del servicio a la que preguntarle dónde encontrar a Sara así que empiezo mi descenso lentamente por las escaleras. Una discusión en un tono algo alto llama mi atención y me acerco sigilosa hasta la estancia para escuchar mejor.

–No sé por qué te crees con el derecho a decidir sobre lo que hago. –chilla Sara.

–Sólo quiero lo mejor para ti y no parece que estar en la empresa esté sirviendo de algo más que para intentar corromper a una empleada que no había llegado tarde nunca jamás a la empresa. –espeta Tom.

–Oh, y eso te molesta porque... Explícamelo hermano porque no lo entiendo. –replica ella enfadada.

–Simplemente deja de ser tan tú y aporta tu talento a la empresa. –responde sin entrar en la provocación.

–Y tú analiza porque has traído a una simple empleada a cuestras a tu casa para que duerma. –añade ella.

–Buenos días. –intervengo haciendo como que acabo de llegar. –Esto... Yo me voy a la empresa ya. –digo sintiendo que no tiene sentido lo que acabo de decir. Ambos me miran como si fuese una marciana que está hablando en otro idioma que no entienden.

–Vamos juntas. –asegura Sara.

Buena habilidad para librarse de conversaciones incómodas.

–Nos vemos allí. –afirma Tom sentado en el taburete de su cocina tomando un zumo de naranja.

Lo observo unos segundos y al final me decido; Debo estar loca pero entro a la cocina y me bebo su vaso de zumo.

–Hasta luego jefe. –contesto sonriente.

Capítulo 14

Llegar a la empresa no me resulta tan fácil como me gustaría porque noto la mirada furibunda de Fátima nada más entrar. Intenta contenerse al ver a mi lado a Sara pero es que se le va a salir la vena del cuello de lo enfadada que está.

– ¿Tú has visto qué hora es? –pregunta llegando hasta nosotras pero fijándose nada más que en mí. – ¿Dónde está esa asombrosa explicación de por qué has llegado tarde, no has avisado y me has colgado el teléfono? –añade con los brazos en jarra.

–Verás... –empiezo intentando pensar rápido. –Ha habido un...Asunto de extrema urgencia con... El evento del museo. –suelto.

¿Suena creíble, no?

– ¿Qué imprevisto? –cuestiona más que dispuesta a tirar por tierra mi inventada excusa.

Piensa Catherine, por mis muertos.

–Recibí el aviso de que habían cambiado las dimensiones que ocupará nuestra exposición en el evento y he ido esta mañana para allí a primera hora para comprobar las nuevas medidas. –Ala, mentira podrida como si nada.

Se queda pensativa delante de mí. Echa un vistazo a mi acompañante; Sara tiene unas grandes gafas de sol que no disimulan el hecho de que está de resaca. Mi aspecto no debe ser el mejor tampoco a pesar del traje caro así que me callo.

– ¿Corroborarán eso en el museo si llamo? –pregunta suspicaz.

¡Claro que no!

–Por supuesto. –La voz de Tom nos deja a todos paralizados. –Llama si quieres pero yo he estado allí con ella toda la mañana, Fátima. No creí necesario dar explicaciones por llevarme a dos empleadas conmigo. –afirma señalándonos a mi hermana y a mí.

–Oh, esto... No dudo ni por un instante de su palabra, jefe. Es que cuando he llamado a Catherine no me ha dicho nada sobre eso. –tartamudea patéticamente la jefa de recursos humanos.

¿Cómo es que Tom Harper acaba de mentir para protegerme de su tiburón del departamento de personal?

–Bueno...Yo me voy a por un café. Te traigo uno. –dice Sara chasqueando la lengua exasperada con Fátima.

Es normal que no le caiga bien a nadie, no solo por ser la encargada de que la mayoría de trabajadores nunca lleguen a ser fijos; Tampoco por el hecho de que piensa que por ser la encargada de los contratos tiene derecho a decirte con quién puedes y con quién no juntarte dentro de la empresa; Simplemente es que es desagradable y prepotente.

–Catherine. –Me llama cuando pienso irme a mi mesa a seguir quejándome interiormente de mi dolor de cabeza y a estudiar la situación de mi vida. –No creas ni por un momento que no me

estoy fijando en cómo te estás haciendo amiguita de la hermana del jefe, pero su estancia aquí es temporal y después te quedarás sin un escudo para tus faltas. –murmura de mala gana en mi oído.

– ¿Sabes qué? Haz lo que te dé la real gana. Me das igual tú y también tus malditos informes. Prueba a divertirme algún día. –respondo cansada de sus rollos.

Conforme llego a mi mesa me dejo caer mirando mi agenda de trabajo como si fuese la primera vez que la veo en mucho tiempo. Todo se está descontrolando en mi día a día, pero tengo que focalizar. Además de hacerle las fotos a mi jefe, cosa que hace que me tiemblen las piernas, tengo que ir al parque de bomberos y empezar una campaña sobre Halloween.

Cojo la cámara y respiro hasta tres veces antes de ir al despacho de mi jefe que enarca una de sus oscuras cejas al verme.

–Vengo a hacer las fotos. –digo desviando la mirada para no retarle.

–He cambiado de opinión, no quiero salir en los paneles del evento. Me parece algo egocéntrico. –contesta convirtiendo nuestra conversación en el primer problema de la mañana.

–Te dije que no lo haría y yo he cargado el panel desde el set hasta aquí para nada. –exclama Sara llegando en ese momento cargada como una mula.

–No puedes decirme que no ahora. –digo sintiendo que me empiezo a poner nerviosa.

–Claro que puedo. Soy el jefe, busca otra cosa. –asegura sin despeinarse.

–“Soy el jefe, busca otra cosa” –Le imito burlonamente. –Y yo soy la fotógrafa y te digo que a estas alturas no puedo rellenar el maldito hueco de tu foto como si nada. –añado cabreada.

–Pues tú verás. Y piensa algo certero porque no podemos quedar mal de cara a los promotores del evento. –replica antes de coger una llamada en su móvil.

Hace un gesto echándonos del despacho. No me lo puedo creer; ¡No hemos terminado de hablar!

–Claro jefe, sin presión. –contesto mordiéndome la lengua.

¡Lo mato, lo mato, lo mato!

–Relájate, tienes cara de querer matarlo. –aventura Sara con los ojos fuera de órbita.

– ¿Y qué se supone que hacemos ahora? –pregunto con la voz más chillona de lo que me gustaría.

– ¿Vamos al parque de bomberos e intentamos rellenar con material extra? –sugiere con interés.

–No podemos hasta que no sea por la tarde; Serán buenorros pero tienen cosas que hacer. –replico dejándome caer en la silla de mi escritorio de nuevo.

–No sabía que nos pagaban por no hacer nada. –espeta Fátima pasando en ese momento por nuestro lado.

–Ni yo que tu trabajo fuese estar mirando mi culo todo el rato. –contesto sin analizar que le estoy hablando prácticamente a mi jefa.

Se lleva la mano al pecho para después poner cara de mala y desaparecer tocando la puerta de Tom Harper. Genial, más problemas.

–Tienes mucha suerte. –asegura de nuevo la víbora pasando por mi lado.

¿Qué habrán hablado ahí dentro?

–Centrémonos en esta campaña de Halloween. Es un spot de ropa interior carísima con temática de la festividad. Nos han dado un presupuesto que parece altísimo para la cantidad de fotos que haremos, pero casi todo se lo lleva el caché de la modelo. –explico a Sara.

Coge el folio bastante aplicada con el trabajo para ir de resaca pero, repentinamente, pega un bote en su sitio; ¿Se puede saber qué diablos pasa ahora?

–No pienso hacerle fotos a esa estúpida. –concluye tras leer el nombre de la modelo.

“Trina Brooks” no me dice nada en especial aunque intento ubicarla. A ver, sí, es una modelo internacional muy bien pagada que hace spots que suelen estar en portadas por estar considerada una de las mujeres más bellas, pero no me suena haberla visto en esta empresa antes; ¿De qué se conocerán ellas dos?

Quiero preguntárselo pero ha salido hecha una fiera al despacho de su hermano. Estudio posibilidades de escenarios, vestuario que pegue con la modelo que ciertamente es muy guapa y barajo opciones de tonalidad de color.

¿Desde cuándo soy tan cotilla? Solo quiero que vuelva Sara y me cuente qué diantres pasa.

A la hora de comer estoy ya cansada de elegir las cosas yo sola: Nunca antes había pensado que trabajar con alguien es divertido, Sara es especial.

–Nos vamos a comer, invito yo. –dice Sara pasando por mi lado. –Espero que tu bombero esté de mejor humor que mi hermano. –sugiere saliendo por delante de mí.

–Catherine, quédate. –ordena Tom asomando la cabeza por el marco de su despacho.

–Ni comer con una amiga me deja de verdad. –bufa mi acompañante saliendo sola.

– ¡Nos vemos en el parque de bomberos! –grito esperando que me oiga.

Voy hasta el despacho y abro sin más para pillarlo, inexplicablemente, desnudo en el torso; ¿Qué está pasando? ¿Me ha dicho que me quedase refiriéndome a que volviese a mi mesa?

–Quiero salir con la camisa recién puesta. –explica poniéndose una limpia y nueva.

– ¿Salir? –Me va a volver loca.

–Hagamos las fotos antes de que me arrepienta. –dice colocándose el traje de la chaqueta y apretándose la carpeta.

Quiero mandarlo al lugar exacto donde Cristo perdió la sandalia, pero es mi jefe y ya he contestado mal a Fátima; Mejor no tener más enemigos si quiero seguir trabajando aquí. Coloco las cosas todo lo rápido que puedo y lanzo un par de fotos para asegurarme de que ya no se echa atrás.

–Si te quitas la chaqueta y te remangas un poco parecerás más cercano. –sugiero esperando que confíe en mi capacidad para ver las fotos terminadas aún cuando no están hechas.

–No me contestaste el otro día. –murmura haciéndome caso respecto a lo de quitarse ropa.

– ¿A qué? –pregunto sintiendo la boca seca.

– ¿Quién crees que saldrá más atractivo en las fotos? ¿El bombero o yo? –cuestiona abiertamente.

Bajo la cámara sin poder creerme la pregunta que acaba de hacerme. Le observo casi como si lo viera por primera vez; Tiene la barba incipiente marcando su cuadrada mandíbula y sus ojos color miel penetran en mí sin compasión. Recorro su cuerpo con mis ojos provocando una ola de calor.

A pesar de la distancia recuerdo su fragancia masculina mezclada con el sudor el día que nos quedamos por primera vez en ascensor encerrados.

–Tú. –susurro sin ser consciente de que lo digo en alto.

Miro mi reloj y lo levanto para excusarme; No quiero hablar de lo que acabo de confesar.

–Cat. –Me llama escuetamente.

Le escucho perfectamente pero hago como que no. Salgo del despacho sin soltar la cámara, es mi salvavidas; Es la excusa para irme de allí corriendo, lo malo es que en algún momento tengo que volver.

¿Qué he dicho? Me golpeo la frente con la mano al subirme a mi coche para ir al parque de bomberos. No es que no pueda saber que me parece más atractivo, es que no debería parecérmelo.

¿Es que esté totalmente prohibido lo que le hace cada vez más apetecible?

Capítulo 15

– ¡Estás aquí! Por un momento, tal y como le comentaba al amable director del parque de bomberos. –explica Sara al verme llegar. –Que a lo mejor nuestro jefe, que no es tan amable, te había despedido. –añade.

–Omites que ese estúpido de nuestro jefe es tu hermano. –digo con pocas ganas de jugar a los ocultismos.

–Oh, ahora quedará raro que lo insulte constantemente. –asegura Sara golpeando amistosamente el hombro de Marcus que se ríe al saberlo.

–Tengo las fotos de Tom Harper. –murmuro como si fuese alguna clase de éxito imposible.

¿Qué me pasa? ¿Por qué no estoy contenta de estar en la misma habitación de un hombre atractivo al que le gusto?

–Los chicos están listos, si queréis ir pasando para ver cómo se tienen que colocar y eso... –aventura Marcus que me observa casi como si pudiese descifrar mis pensamientos.

¡No, no puede! Gracias a dios porque no puedo quitarme de la cabeza que, además de confesárselo por error a mi jefe, me lo he confesado a mí misma: Tom me parece irresistible.

–Ve eligiendo tú los escenarios. –concedo cierto mando a Sara porque no me veo en mi mejor momento.

Está pletórica y sale antes de que me dé cuenta del despacho del director; Para ser tan pasota como quieren pintarla se esfuerza mucho.

– ¿Vendrás conmigo el sábado, verdad? –pregunta Marcus sacándome de mis pensamientos.

Mierda, el evento para el que estamos haciendo las fotos es el que me invitó. No quiero ir por la sencilla razón de que no quiero seguir liando las cosas pero por otra parte hay una alta probabilidad de que tenga que ir igualmente por ser la fotógrafa... ¿Quedaría muy mal decirle que no y cruzármelo allí? Me da a mí que sí.

–Claro, aunque no sé si podré dedicarte toda mi atención. Ya sabes, soy la fotógrafa. –digo con una sonrisa totalmente forzada.

–Oye... –Marcus se acerca a mí para cogerme con suavidad del codo y quedarse a pocos centímetros de mí. –Siento que tuviese que irme ayer, tenemos más días para quedar. –asegura mordiendo el labio.

¿Más días para quedar? Me aferro a mi cámara con cierta reticencia.

– ¡Cat! –grita Sara llamándome.

Salvada por la campana.

Ha elegido bien el escenario utilizando una pared gris estropeada de fondo que nos haga fácil la superposición de fotos del incendio. El tono ceniza agilizará nuestro trabajo. Chocamos los cinco y nos ponemos a mover a los adonis de un lado para otro haciendo que cojan posturas que, en ocasiones, les producen gracia; Ser modelo no es tan sencillo como muchos piensan.

–Va a quedar un mural interesante. –susurro para mí misma.

Soy rara, siempre lo he dicho. Necesito centrarme en mi trabajo porque es algo que controlo

únicamente yo y eso hace que la posibilidad de que me hagan daño, siendo la mejor, se reduzca a un porcentaje irrisorio.

– ¿Qué pasa con él? –cuestiona en un tono inaudible Sara a mi lado señalando a Marcus. No respondo. –Es un tío súper majo, se nota que quiere salir aquí y allá. A mí me encantaría que me invitasen a una fiesta de ese modo. ¿Qué le ves de malo? –pregunta no dispuesta a dar tregua.

¿Cómo le explico a Sara que, ahora mismo, no puedo parar de pensar en su hermano?

–Yo no busco nada más allá de pasar un buen rato. –confieso como ya lo hice en el club la noche pasada. –Creo que él sí y eso me tira para atrás; Yo no engaño a la gente porque no me gusta que me engañen. –añado analizando las fotos tomadas en la cámara.

–Pues... Deberías hablarlo porque estoy casi segura de que él no piensa lo mismo. –replica algo disgustada.

A ver... Que puede estar mal no haberlo aclarado aún, pero pensaba que estaba claro y no estoy jugando con él a propósito; De todas formas Sara se lo ha tomado más personal de lo que le corresponde. Miro a mi compañera que está hablando con Marcus y, como si desde la distancia se viese todo más claro, me fijo en cómo se toca el pelo o como echa la cabeza hacia atrás al reírse: Le gusta Marcus.

Una vibración me desconcentra y saco el Smartphone maldiciendo todo lo posible. Para una amiga que me hecho no quiero perderla y menos por un chico que, por lo que sea, no me está cuadrando como en un primer momento.

“Reunión de la lencería para Halloween en diez minutos”

No necesito fijarme en el remitente para saber que con tan pocas palabras que signifiquen una orden se trata de Tom.

¿Diez minutos? Va a tener que tomarse una tila para esperarme porque no pienso correr como si estuviese en la pista de los cien metros lisos.

–Nos vamos. –digo acercándome a mis dos nuevos problemas.

– ¿Ya? –pregunta con sorpresa y sin ocultar su pena Sara.

–Tu hermano ha convocado una reunión para lo de Halloween. –explico rápidamente.

–Oh, es una pena. –murmura mi compañera.

Espera. Puedo hacerlo, dejarle saber que no voy a interponerme si es lo que quiere.

– ¿Sabes? Quédate tú y terminas aquí. Ya repasamos las fotos en el estudio, yo voy a ver que quiere nuestro jefe. –argumento con ganas de salir pitando de allí.

–Cat, espera. –Marcus me llama varios pasos por detrás.

No me detengo, hago como que no le escucho; Que sea un tío majo y buenorro no lo hace necesariamente perfecto para mí. Me subo a mi coche y me golpeo mentalmente en la frente: De tener dos a los que querer tirarme a prohibirme a mí misma ambos, genial.

–Ya era hora. –exclama Tom Harper que está sólo en la sala de reuniones.

Miro a mi alrededor en busca de la supuesta junta para el spot de Halloween pero finalmente

tengo que levantar la ceja a modo de interrogación.

–Me he ido un momento; De hecho, ni siquiera me ha dado tiempo a terminar las fotos. –digo recalcando cada palabra que sale de mi boca.

–Bueno, esto es más importante. –asegura apoyándose en el pico de la larga mesa.

– ¿Esto? No veo a nadie esperando mi llegada con los brazos abiertos. –señalo la evidencia.

–Yo te estoy esperando, siendo el director debería bastarte. –Sus contestaciones no hacen más que acrecentar mi impresión de que simplemente quería que viniese.

–Creía que el evento de la celebración de la reconstrucción del museo era primordial. –Me encojo de hombros.

A mí en realidad me da igual el orden, sé que el resultado de todas las campañas y spots va a ser bueno porque yo misma me voy a ocupar de ello como he hecho siempre. Si no hay que dormir, no se duerme.

– ¿Mi hermana? –pregunta mirando hacia la puerta.

–Se ha quedado terminando las fotos de los bomberos. –explico dejándome caer en una de las sillas junto a la gran mesa.

Tom esboza una media sonrisa que provoca que me enfade y me derrita a partes iguales; Sé lo que significa sin necesidad de explicación: Ha conseguido ponerse por delante del bombero, Marcus, otra vez.

–Mejor. Pasa Trina. –ordena alto y claro.

¿Trina? Registro mentalmente dónde he oído antes ese nombre; Sí, Trina Brooks, “la estúpida” con la que no quiere trabajar Sara aunque no tengo ni idea de por qué. Nada más verla entrar, me hago una idea bastante clara del motivo.

–Querido. –exclama en dirección a mi jefe. –Me alegro mucho de verte de nuevo. –añade.

Se acerca a Tom descaradamente para pasear una de sus larguísimas y preciosas uñas por la camisa de él. Mueve el pelo hacia un lado y hacia el otro en un bamboleo sensual que, según yo, está fuera de lugar. Hace como que soy invisible haciendo que le coja más asco al instante.

Carraspeo forzando la detención de tan incómodo encuentro.

–Trina, esta es Catherine. –La presentación de Tom es seca.

¿Ya no soy Cat?

– ¿La fotógrafa, no? –pregunta con cierto desdén.

–Sí, la misma que viste y calza. –respondo entornando los ojos.

– ¿Y Sara? ¿Va a estar por aquí? –cuestiona con un tono chillón que puede que denote verdadero interés.

–No lo sé, puede que venga luego. –contesta Tom volviendo a actuar como si yo no estuviera presente.

–Tienen que tomarte medidas para los trajes del spot. Cuando eso esté hecho subiré yo para que podamos hacer algunas tomas de contacto para ver tus mejores posturas y perfiles. –explico

comportándome como la profesional que soy.

–Todos mis perfiles son buenos. –espeta. – ¿A qué sí Tom? –pregunta pasando su brazo hacia el cuello de él.

No me parece una conducta normal. Trago saliva. Me sienta mal.

–Claro Trina, pero la chica tiene que hacer su trabajo. –dice dulcemente aunque puedo apreciar la condescendencia.

¿Chica? Que les jodan a los dos. Salgo de allí más cabreada que otra cosa intentando volver a respirar; Tengo que empezar a fiarme de la opinión de Sara: Esta tía es una petarda.

Capítulo 16

– ¿Está aquí? –cuestiona echa un toro de Miura Sara cuando la veo aparecer por la puerta de nuestra planta.

– ¿Quién? –pregunto levantándome de mi silla de escritorio.

–Esa lagarta estúpida que piensa que es la reina del Olimpo. –chilla fuera de control.

Por desgracia sé a quién se refiere.

–Trina Brooks está en el set de fotografía. Le están cogiendo las medidas para la ropa. – contesto obviando todos los insultos.

– ¿Y mi hermano? –pregunta girando la cabeza como la muñeca diabólica.

–En su despacho. –respondo sin emoción alguna.

–Bueno, al menos no están retozando como animales. –espeta haciendo que me atragante y abra mucho los ojos. –Oh, sí. Trina era mi mejor amiga y se acostó con mi hermano, eso no se hace. Sobre todo porque ni siquiera es que le guste él en concreto, sino su poder. –suelta a plena voz.

– ¿No crees que con quién me acueste yo no es problema de Cat? –interviene Tom que ha aparecido de la maldita nada.

¿Ahora vuelvo a ser Cat? Claro, porque no está esa lagarta delante.

– ¿Desde cuándo el jefe se pone a escuchar las conversaciones de sus empleadas? –replica ella.

–No la molestes Sara, hace mucho tiempo de eso. –ordena Tom refiriéndose a la modelo. –Y tú, Cat, deja lo de los perfiles para mañana porque ella y yo vamos a ir a comer. Te veo justo antes de tu hora de salida para comprobar detalles del set para mañana. –añade como si yo le diese igual.

–Si le explico por enésima vez a esa... “Mujer” por qué estuvo mal lo que hizo no debería importarte. A no ser claro que hayáis retomado vuestras... Cosas. Aunque si te la vas a llevar a comer... –Su suposición no la termina de decir.

Mi corazón se acelera inexplicablemente molesto.

–Voy a comer con los jefes de marketing, los representantes y las modelos siempre. –apunta el jefe antes de irse.

– ¡No le aguanto ni a él ni a ella! –chilla mi compañera dejándose caer en mi silla.

–Puedo llegar a entenderlo. –murmuro por lo bajo.

Quizá no debo decir ese tipo de cosas porque exteriorizo sentimientos que ni siquiera estoy dispuesta a analizar, pero me sale solo. Esa tía es una lagarta, que no lo digo yo sino Sara aunque lo he visto de sobra.

– ¿Sabes? En realidad no es porque ellos en sí se acuesten, son adultos y pueden hacer lo que les dé la real gana. Es porque ella era mi amiga, la conocía y sabía que estaba enamorada de su novio; Sólo le movió el interés hacia mi hermano. –explica más tranquila.

– ¿Él la contrata por eso? Que yo sepa es una modelo internacional bastante cotizada. –No desconfío de lo que me dice pero intento entenderla mejor.

–Esto fue hace diez años, Cat. –dice entonces haciendo que cuadrasen las cosas.

–Éramos amigas en el instituto. Él la ayudó a colocarse en el mundo del modelaje. –argumenta volviendo a rebotarse.

–Debe ser muy buena camelándose para eso. –reflexiono en alto.

–Tom asegura que la ayudó por su talento más allá de si tuvieron un affaire o no; A veces le creo porque mi hermano es una persona muy seria, pero...Ella no me dijo nada de que él iba a prestarle ayuda; Siento que se aprovechó de mí para acercarse a él. –confiesa con tono de pena.

–Tu hermano me atrae. –suelto de repente.

Sara me mira como si acabase de explotar una bomba en mitad de la oficina.

– ¿A qué viene eso? –pregunta enarcando ambas cejas y echándose hacia atrás en la silla.

–No quiero que te sientas traicionada en ningún sentido por mí. –declaro sorprendentemente.

¿Cuándo he empezado a considerarla una amiga? No lo tengo muy claro pero en algún momento lo he hecho porque me importan sus sentimientos y su opinión.

–Él también te mira con ojos golosones. –dice tras soltar una carcajada. –Como intentaba explicarte, precisamente porque he pensado en lo vuestro fue la traición por interés; La vida sentimental de mi hermano me da un poco igual. También te digo que sus amantes son muy selectas y que nunca ha visto a una empleada como nada más. –añade risueña.

¿Para qué hablo? No le importa para nada y yo he tenido que decir en alto algo que no se va a hacer realidad.

–Retoca tú las fotos del parque de bomberos y yo las reviso mañana por la mañana para los últimos detalles. Yo me encargo de todo lo que tiene que ver con Trina para que no os crucéis. – sugiero haciéndole un gesto para que levante el culo de mi silla.

–El bombero quiere que le acompañes al evento y le has dicho que sí... –dice arrastrando las palabras.

–No quiero momentos incómodos así que iré con él e intentaré quedar como amigos. – respondo pensativa.

–Avísame cuando se quede libre. –exclama antes de coger su bolso y guiñarme un ojo.

Niego con la cabeza sonriente volviendo a mi ordenador. Tengo que concentrarme, siempre

lo he hecho y he sabido diferenciar mi vida personal, que encima es escueta, con la profesional; No voy a empezar ahora.

Doy vueltas con los distintos escenarios que se pueden poner tras la modelo utilizando el programa de edición de fotografía sin estar segura de cuál escoger. No sé cómo quedarán los dos posibles así que tras comprobar que de nuevo, dada la hora que es, no queda nadie más en los pisos de fotografía y marketing, voy hasta el set en cuestión para buscar la ropa de la modelo.

Rebusco entre los distintos que usaremos hasta dar con el que tengo la duda. El de ángel; No me parece ni siquiera un traje para la fecha de Halloween pero a la gente le encanta eso del ángel y el demonio por lo que será un incentivo para la venta.

Me coloco por encima de la camiseta el sujetador intentando imaginarme con él puesto y a su vez con mi posición sobre los diferentes posibles escenarios.

–Te quedaría mejor si no llevases la camisa puesta. –asegura Tom que acaba de llegar.

Me lo desabrocho y lo tiro lejos como si quemase. Una especie de azoramiento sube por mis mejillas aunque no estoy haciendo en sí nada malo.

¿Viene solo?

– ¿Ha ido bien la comida? –pregunto callándome rápido justo después.

¿Por qué ha tenido que sonar tan mal y de carácter sexual?

–Te noto molesta. –dice agachándose para coger el sujetador.

Se acerca a mí en dos pasos. Está demasiado cerca y mi corazón se acelera de nuevo inexplicablemente. Sus manos suben lentamente con el sostén hasta mi pecho y lo sobrepone. Los dedos lejos de estar trémulos permanecen firmes subiendo mi temperatura.

– ¿Por qué iba a estarlo? –cuestiono casi con un hilo de voz.

–Porque has imaginado todo lo que podría haber hecho con Trina y no te ha gustado. – asegura ronroneando.

–A mí no tiene que gustarme ni dejar de hacerlo; Eso es como decir que tú nada más que me mantienes ocupada para asegurarte de que no tengo tiempo de verme con Marcus. –replico bajito e íntimamente.

Tom sonrío como una pantera que ha visto a su presa. Sus ojos color miel brillan mientras que coloca sus manos en mis caderas tras soltar el sostén. ¿Qué está pasando? ¿Qué estoy haciendo? No puedo pensar con claridad porque el deseo es todo lo que puedo notar dentro de mí.

Su boca inunda la mía y rodeo con mis manos su cuello aferrándome a su cuerpo. Está fibroso y caliente. Desabrocho con dedos temblorosos los botones de su camisa.

–Aún sabiendo que no es buena idea no me veo capaz de parar. Desde que estuvimos en ese ascensor no paro de pensar en ti. –susurra apartando un mechón de pelo de mi cuello para propiciarme un beso suave.

–Tom... –Solo puedo verle a él y murmurar excitada.

Noto como me elevo del suelo colocándome a horcajadas sobre Tom que me sujeta con fuerza. Muerdo su labio y paseo una de mis manos por su pecho semidesnudo mientras nos

mueve hacia algún lugar.

¿Dónde vamos?

Estamos en su despacho cuando me deja sobre el borde de la mesa colocándose entre mis piernas. Termino de quitarle la camisa dejando a mi pleno disfrute su escultural cuerpo que arde a mi contacto.

Suena el teléfono de Tom y paro por un momento. Niega con la cabeza para después volver a empezar a devorarme. No hay nada que pueda pararnos, ya hemos esperado suficiente.

Capítulo 17

En la vida hay ciertos momentos incómodos en los que no sabes muy bien qué hacer y éste es uno de ellos. Me encuentro de pie, mirando hacia la puerta del despacho de Tom abrochándome de nuevo la camisa, intentando volver a mi aspecto normal después de haber dado rienda suelta a nuestra tensión sexual.

¿Y qué hago ahora? Me muerdo el labio pensativa hasta que oigo el carraspeo de mi jefe. Me giro hacia él y le observo ponerse la chaqueta del traje.

–Bueno... Esto... Mañana termino las fotos del evento del museo y empezamos las primeras tomas con Trina. –digo con voz neutral.

–Perfecto. –contesta cogiendo sus objetos personales del escritorio.

¿Por qué no me quiere mirar a la cara? Bueno, da lo mismo, ya hemos finiquitado nuestro tema pendiente y podré seguir con mi trabajo como lo hacía antes, sin tensión.

Salgo comprobando por enésima vez que llevo la ropa correctamente colocada y voy directa a por mi bolso para después ir hacia mi coche. El móvil vibra y lo saco una vez que me monto en el coche; Es un mensaje de Marcus.

“Estoy deseando que llegue el Sábado para vernos”

Dejo caer la cabeza sobre el volante: O no me estoy explicando bien con el chico o no quiere darse por enterado. Le reenvío el mensaje a Sara que me devuelve caritas tristes junto con un mensaje sobre que tengo que aclarar la situación con el bombero cuanto antes; Dudo que tanto interés sea porque sí, quiere tener el camino libre lo más rápido posible.

Me despierto con el incesante sonido del despertador luchando con mi cansancio. Remoloneo subiéndome la sábana hasta mi cabeza; No quiero ir a trabajar. Me destapo de golpe al darme cuenta.

¿Esto me ha pasado antes? ¿Es normal no querer ir a trabajar? No, por supuesto que no.

Voy hacia la ducha arrastrando los pies. La aplicación de mi móvil me recuerda que es la reunión de contenidos a las nueve y después tengo que hacer las fotos de la modelo; Pensar en ella me revuelve un poco los nervios por dentro.

¿Coquetearán de nuevo ante mí?

La duda hace que se me erice la piel por completo y tengo que envolverme en el albornoz para secarme debido al frío que el malestar me ha provocado. De camino a la cocina no me siento precisamente pletórica, sigo sin querer ir.

Bueno, de perdidos al río.

Tomo una decisión aún sabiendo que está mal: Le escribo un mensaje a Sara para que me sustituya en la toma de las primeras fotos de la modelo. Evidentemente, y como no puede ser de otra manera tratándose de Sara, se niega en rotundo por su odio a la modelo. No tarda ni un segundo en llamarme por teléfono para tener un careo sobre nuestras situaciones.

– ¿Y estás mala así de repente? –pregunta escéptica.

–Sí, soy humana. –miento descaradamente.

– ¿Qué ha pasado con Tom? –cuestiona dejando claro que no es ninguna tonta.

Respiro como única respuesta; No es que me importe en sí decirle con quién me acuesto, solo que la punzada que tengo instalada en mi pecho al pensar en ello requiere algo más de tiempo para pensarlo.

–Creía que tenías ganas de demostrar que eras una profesional. –insisto desviando el tema propuesto.

–Yo nunca he dicho eso. De hecho, creo haberte dejado claro en más de una ocasión que me viene bien que piensen que me gusta vivir del cuento para no tener que esclavizar mi vida con los negocios familiares. –espeto resoplando al otro lado de la línea.

–Pero la fotografía te gusta. –respondo escuetamente.

Puede que Sara no quiera involucrarse en los negocios de su familia pero, lejos de lo que puedan pensar de ella, se hace evidente a mis ojos que no ha desaprovechado todos los cursos y viajes al extranjero: Se le da bien la fotografía y su punto de vista es trabajado no casual.

–No quiero fotografiarla a ella. No tengo problema en seguir trabajando en los últimos retoques de los bomberos. –contesta bufando de fondo.

–Pues yo estoy enferma. –concluyo para después trastear mi móvil con agilidad. –Y le acabo de enviar un mensaje a nuestro jefe poniéndoselo. –añado sintiéndome victoriosa.

–Genial porque yo acabo de hacer lo mismo. –concluye sin cortarse un pelo.

– ¡No puedes hacer eso! –exclamo incrédula con lo que acaba de pasar.

–Claro que puedo. –contesta triunfante.

Mi móvil vibra a pesar de que estoy en llamada y compruebo horrorizada que es Tom Harper.

–Mierda. Ya me está llamando tu hermano. –explico a mi amiga que aún sigue en línea.

–Bueno, pues te dejo que pienses algo para que no se enfurezca por quedarse de pronto sin equipo fotográfico. –dice riéndose.

–Bruja. –digo amigablemente antes de colgar.

¿Y qué pienso yo ahora? Sara me ha pasado el marrón pero no sabe lo grande que es. Descuelgo.

– ¿Alguien me explica cómo es que tengo a Trina Brooks en el set de fotografía y ninguna fotógrafa? –cuestiona con un tono de reproche que me recuerda su rostro serio y atractivo que puedo dibujar con claridad.

–Estoy enferma. –argumento sin desarrollar nada.

– ¿Y se lo has pegado a mi hermana o ella a ti? –pregunta escéptico.

–No sé, los virus es lo que tiene. –contesto sintiendo arder mis mejillas.

–Cat... –murmura como si pensase si decir algo o no. – ¿Crees que mañana estarás mejor? No podemos retrasar las fotos más tiempo. –Su tono ha oscilado sensiblemente entre su carácter de jefe y uno que no conozco de verdad.

–Mañana estaré ahí sí o sí. –aseguro mientras mentalmente anoto arrastrar a Sara hasta allí también.

–Ya veo yo entonces cómo hacer que Trina no se enfade. –dice más para él mismo que para mí.

¿Y eso cómo va a ser? ¿Qué piensa hacer para que no se enfade? ¿Una fiesta? ¿Una invitación a comer? Los pensamientos revolotean en mi cabeza de una manera que no me gusta.

–Pues ten cuidado no pierdas tu lema en el proceso. –digo con retintín.

– ¿Qué lema? –cuestiona tras un pequeño ronroneo grave.

–“Las empleadas son solo eso”. –respondo recordando las palabras de su hermana.

Oigo una carcajada que no sé descifrar en la distancia. No tenía que haber dicho eso pero no me he podido contener. Me muerdo el labio esperando una respuesta aunque no sé qué puede decir al respecto.

–Últimamente olvido “mi lema” con facilidad. –murmura bajito.

–Pues no deberías. –digo con vehemencia.

–Intentaré recordarlo. –contesta antes de colgar.

¿Lo intentará? Más vale que lo recuerde. Me pongo a recoger la casa para aprovechar el día libre que me he agenciado por todo la jeta pero decido, mientras lo hago, que es una buena idea tener en cuenta que debo arreglar las cosas con Marcus por lo que le envió un mensaje para que venga a mi casa cuando pueda.

Parezco una cosa muy rara entre los leggins grises que llegan por la rodilla, la camiseta de publicidad de la ferretería de abajo, calcetines gordos para andar descalza por la casa, y un pañuelo rojo atado a modo de diadema para que el pelo no se me meta en la cara.

Llaman al timbre y me miro de arriba a abajo comprobando mis pintas; En fin, Marcus y yo vamos a ser sólo amigos, no me importa tanto que me vea así. Me desplazo hacia la puerta para abrir parando desde la pulsera de actividad la música que utilizo para limpiar.

–Tom. –exclamo conforme abro la puerta.

Me echa un vistazo y sonrío de una forma socarrona que hace que me sonroje. Es la última persona que esperaba ver en la puerta de mi casa.

–No tienes pinta de enferma. –afirma sin perder la sonrisa.

–No sabía que eras médico. –digo justificándome de manera poco creíble.

–Mmm... No lo soy. –contesta para después acercarse a mí.

Entra de dos pasos en mi apartamento y me coge de la cintura besándome el cuello con efusividad. Me agarro a su camisa deseosa de repetir nuestro encuentro.

Espera, Catherine; ¿Y si llega Marcus?

El timbre suena dando el golpe de gracia a la situación. Como sea él me muero.

–Esto... Yo... Dame un momento. –digo tartamudeando.

– ¿El bombero? –pregunta enarcando una ceja.

¿Le molesta? Porque si le pica es porque le gusta y si le gusta como él a mí me gusta... El timbre suena de nuevo.

–Espérame aquí un momento. –ordeno esperando que me quiera hacer caso.

–Hola. –El saludo con sonrisa ancha de Marcus me tira el ánimo de alguna forma a los pies. –Creo que hemos hecho bien en quedar para hablar antes del evento. Últimamente no fluyen mucho nuestras conversaciones. –añade simpáticamente.

–Bueno, pues yo te llamaba precisamente por eso. Creo que tenemos cosas en común y como amigos... Bueno, tú y Sara lo mejorcito que he encontrado. – ¿Me estoy yendo por las ramas?

–Cat... Te veo nerviosa; Me has llamado tú para hablar. –afirma sin entender mi reticencia a dejarle pasar.

–Cat quería decirte. –interviene Tom asomándose por la puerta. –Que, lamentablemente, no podrá ir contigo al evento del aniversario de la reconstrucción del museo; Tiene que ser mi acompañante. –añade ante mi sorpresa.

–Perfecto, pues nos vemos allí. –dice haciendo una mueca.

–Eso ha sido innecesario. –admito al cerrar la puerta.

–Bueno, yo tengo que irme ya. Solo venía decirte lo de que tienes que venir conmigo al evento. –afirma sin esconder su malestar.

Tom Harper también se va de mi apartamento; ¿Qué cojones ha sido eso? ¿Qué acaba de pasar?

Capítulo 18

El día clave ha llegado sorprendentemente rápido; Faltan solo unas horas para el evento de la reconstrucción del museo y estoy de los nervios.

Después del extraño encontronazo en mi casa entre Marcus y Tom no he vuelto a ver a ninguno. Sara y yo pudimos hacerle sin problema las fotos a Trina Brooks que parecía tan asombrada como nosotras con la desaparición repentina de Tom en la empresa; Fátima dijo en algún momento que había tenido que irse por un tema de negocios en el extranjero.

¡Y ni siquiera ha sido capaz de confirmarme que vaya a venir conmigo a la dichosa fiesta!

Me meto a la ducha sintiéndome al borde del ataque de pánico porque no sé ni siquiera si prefiero que venga o que no; Aunque, hombre, si dice que tengo que ir con él no es para dejarme plantada como si yo fuese un puñetero cactus. Además, no paro de pensar en lo que pasó entre nosotros y ni queriendo puedo dejarlo como un hecho aislado que no volverá a suceder.

Catherine, deja de meterte en problemas.

El jabón está por todo mi cuerpo y en especial en mi cabeza cuando el dichoso móvil suena; Evidentemente, no puedo cogerlo. La prisa me entra por terminar y comprobar si se trata de Tom aunque posiblemente sea Sara pero el champú parece hacer cada vez más espuma; Maldita sea. El sonido del timbre ya me desespera por completo y tengo que cortar el agua para ir inmediatamente hacia allí. Quien sea no parece dispuesto a tener paciencia, lo mismo que yo, porque toca incesantemente una y otra vez.

– ¡Voy! –grito descomunamente pensando en explicarle a quien sea que no vivo detrás de la puerta como si fuera un elfo con una misión.

Mi jefe, Tom, está impecablemente vestido con su traje chaqueta que debe costar un dineral a juego con una corbata azul marino. Sus ojos color miel parecen brillar en el choque de nuestras intensas miradas. Noto mi respiración entrecortarse mientras aprieto la toalla contra el pecho para que no se deslice hacia abajo.

–Creía que estarías lista ya. –asegura mirando su reloj. – ¿Puedo esperarte dentro? –añade tímido.

¿Quién es y qué ha hecho con Tom Harper? Lo observo, parece incómodo y retraído; ¿Dónde ha quedado su actitud chulesca y de seguridad?

– ¿El viaje bien? –Me ahorro decirle “estúpido” al final de la frase.

¿Por qué sigo tan enfadada con que se fuese sin decirme nada?

–Lo que se podía esperar de un viaje de negocios. –responde despreocupado.

– ¿Ha habido tiempo para el placer? –cuestiono poniendo a circular el bombeo de sangre irregular en mi cuerpo por lo que mi imaginación pone en mi cabeza.

– ¿Ha estado el bombero aquí? –pregunta como única respuesta.

Nos quedamos mirándonos lo que me parece una eternidad casi en una lucha titánica por ver quién da su brazo a torcer.

– ¿Sabes? Preguntaba por cortesía. –contesto girándome dirección al baño para seguir con mi ducha.

Es idiota y mi jefe así que lo mejor será dejarlo estar. Iremos juntos a ese dichoso evento que espero que haya quedado de su agrado puesto que no he podido consultar los detalles finales con él, y justo después cada uno seguirá con su maldita vida sin interferir en la del otro.

–Pon una cantidad por comprar lo que estás pensando y lo pagaré. –asegura abriendo un poco la cortina de mi ducha.

– ¡Tom! –grito sobresaltada.

– ¿Tus pensamientos? –pregunta sin darse por vencido.

– ¡Estoy desnuda! –exclamo como si no fuese evidente.

–Gracias por la aclaración. –dice paseando su vista por mi cuerpo.

–No me mires así. –murmuro poco convencida.

–Deberías ver la manera en la que tú me estás mirando a mí provocándome unas ganas locas de mandar a la mierda todo lo que siempre he pensado. –contesta con voz grave.

No puedo procesar lo que está pasando cuando me coge con ambas manos y me sujeta a horcajadas sobre él. Mis piernas tiemblan mientras jadeo inconscientemente. Nos casa del baño y, lejos de pedirle que me baje, le indico dónde está el cuarto.

–Esto no está bien. –susurro sin soltarle del cuello aunque me deja sobre la cama.

–Puede ser pero ahora mismo no se me ocurre ningún motivo por el que dejar de besarte. – dice mordiendo el lóbulo de mi oreja.

–Soy tu empleada. –contesto ayudándole a desabrochar los botones de su camisa.

–Pues estás despedida. –Su afirmación tiene poco peso en ese momento.

Me dejo devorar por cada rincón entre mi boca y mi clavícula mientras sus manos vuelan recorriendo mi cuerpo que solo puedo arquear hacia él una y otra vez. Siento tanto calor como la primera vez; No evito participar arañando su espalda, besando su cuello o propinándole mordiscos en labio inferior. Me encanta el sonido ronco que hace cuando jadea promovido por la excitación activando aún más mis ganas de sentir placer.

Me aferro en cada embestida a su fibroso cuerpo disfrutando del reguero de sensaciones que recorren mis sentidos; Nuestra compenetración es evidente y se manifiesta en placer mutuo hasta que una oleada imprevista aparece consiguiendo el último grito y gruñido de ambos para acabar mirándonos a los ojos aún sintiendo el bombeo dentro de mí.

Ha sido espectacular y, por esa parte, no me arrepiento para nada; Pero el silencio que se acaba de instalar en mi cuarto denota que algo no es exactamente como debería. Mi conciencia empieza a hacer acto de presencia en un intento, algo malvado, de que me dé cuenta de lo que ha pasado: Es mi jefe y no está bien.

Mi corazón, que a veces también habla, está gritando por dentro que no pasaría nada de tener claro que se trata de una necesidad de desfogar tratada con el hombre inadecuado pero parece algo más; Un sentimiento que no debería aparecer.

–Puede ir a la ducha primero. –digo escuetamente.

Espero su reacción, que se gire hacia mí y me dé un tierno beso en los labios o algo por el estilo pero no sucede. Se levanta sin mirarme para encaminarse directamente a la ducha.

Catherine, te has equivocado de nuevo.

Espero haciendo la cama: Lo mejor será aparentar que no ha pasado nada; Casi como si llegase en el momento que sale del baño. Está impecable de nuevo cuando lo hace y yo, en esta ocasión, lo que tengo sosteniendo contra mi pecho es la bata de casa. Me meto en el baño en cuanto nos cruzamos y me decido a aparentar normalidad.

El vestido prácticamente no sube por la humedad de mi cuerpo pero me niego en rotundo a pedirle ayuda, no se vaya a pensar el señorito que lo necesito para algo. Me subo a los tacones endiabladamente altos y me pinto los ojos dispuesta a lucir de la mejor manera posible; Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros, si voy a su lado, todo el mundo va a mirarme.

Consigo el resultado esperado y salgo del baño lista para irnos. No está. ¿Dónde cojones se ha metido? Doy vueltas desde el baño a la habitación, paso de nuevo por el salón y termino en la cocina. Mi casa no es tan grande, si no lo he visto es que no está.

Se ha ido.

Llevo dos de mis dedos a las sienes para masajearlas sin poder creerme lo que está pasando; ¿Qué se supone que tengo que hacer yo ahora? Me siento un poco en el sofá, lo que son cinco minutos en un absurdo intento de buscarle una explicación lógica como que ha ido a mover el coche o se le ha olvidado algo en la oficina. El timbre suena y salto prácticamente, no podía ser tan cabrón.

Sara. Y acompañada de Marcus.

Tierra, trágame.

–Hola. –saluda feliz mi amiga. – ¿Estás lista, no? Tom me acaba de mandar un mensaje diciendo que se retrasará y que pase a por ti. –añade haciendo daño sin saberlo.

–Eh...Sí, vamos. –contesto medio muda.

–Hola Cat. –dice Marcus sonriente.

¿Cómo me hace eso? No me voy a poner a explicarle a Sara que me acabo de tirar a su hermano, nuevamente, y que ha desaparecido de una manera que ni un mago. Y menos cuando el que conduce es Marcus del que no puedo más que agradecer su buen trato después de lo que pasó pero que no termino de entender cómo es que ellos van juntos, aunque me da más o menos lo mismo.

–Hoy va a ser un día importante. –anunció encogiéndome de hombros.

–Oh, sí. Nuestro trabajo ha quedado genial. –contesta Sara entusiasmada.

Sí, eso y que he tomado una decisión. Sea lo que sea lo que está pasando no me apetece seguir con ello de ese modo, y como no imagino forma humana de quitarme a Tom de la cabeza viéndolo todos los días, pienso dejar esta misma noche mi trabajo en la empresa de los Harper para siempre.

Capítulo 19

Llegar al evento con Sara y Marcus no es precisamente lo que me había imaginado; Elegantemente nos coge a ambas del brazo colocándose en medio de las dos pero no me siento cómoda.

Busco entre la gente a Tom más que nada para mandarle a la mierda por dejarme tirada a una hora del evento y ser suficiente cobarde como para enviar a su hermana a recogerme; Seguro que no le ha contado el motivo por el que ha salido huyendo: Nuestro revolcón posiblemente le baila entre sus pensamientos.

¡También podría haberlo pensado antes de revolcarnos en mi casa en vez de haberlo dejado en nuestra primera ocasión en la empresa!

– ¿Buscas a alguien? –pregunta Marcus en cuanto nos quedamos a solas.

Trago saliva algo tímida y pensativa con la respuesta que darle dado que aún estoy comprobando si es factible que seamos amigos. Sara se ha desligado del trío extraño un momento para ir a saludar a sus padres que, al parecer, acaban de entrar por otra puerta.

–Estoy pendiente de localizar a mi jefe; Como dijo que vendríamos juntos no quiero que tenga motivos para despedirme. –digo contando una media verdad.

–Sé que me has enviado a la friendzone. –suelta de pronto.

Ala, no ha sonado suave. No me atraganto porque aún no he cogido ni una copa, gracias a dios sino habría echado todo en plan fuente por la boca.

–Yo... No sé en qué momento pasó pero te veo como un amigo. –confieso encogiéndome de hombros.

–Me caes bien Cat. Además... Puede que fuera mi destino que me rechazases. –reflexiona en alto.

Sigo sus ojos brillando observando el caminar sensual de Sara de nuevo hacia nosotros con una sonrisa espléndida. Quizá después de todo Marcus sí sentará la cabeza con alguien que sea para él.

–Parece que la gente está contenta con el resultado de tus fotografías; Bueno, aunque te ayudó la hermana del jefe. –La voz de Fátima a mi espalda me sobresalta.

Me giro dejando que mis dos amigos se vayan a hablar a solas para enfrentarme contra la pesada de la jefa de recursos humanos que, como no puede ser de otra manera, está invitada a la fiesta. Va muy arreglada con un vestido dorado lleno de purpurina subida a uno taconazos de brillantes; Sobrecargada para mi gusto.

–Toma. Sé que no es el mejor lugar para hacerlo pero el jefe me ha pedido expresamente que sea de esta forma; Que es urgente. –Fátima me tiende un sobre y hace una mueca.

Lo abro para parpadear varias veces al comprobar que se trata de mi carta de despido. Debo poner cara de póker porque incluso la cara de Fátima me parece de tener cierta lástima por mí.

–Gracias. –respondo como puedo.

Intento mostrar entereza aunque me duele el pecho y tengo ganas de tirar todos los malditos paneles llenos de fotografías firmadas por mí por el suelo.

–Intenté avisarte de que no era buena idea; Aún así quiero decirte que te considero una gran profesional. –dice Fátima rápido.

Pone su mano en mi hombro y se aleja de mí como si quisiera aparentar que le doy exactamente igual; Quizá siempre he pensado mal de ella sin entender que tiene que ser difícil el papel que hace como jefa de personal. Involucrarse con gente del trabajo no haría más que hacer más complicado su trabajo.

–Ha quedado exactamente como esperaba de ti. –El tono de Tom a mi espalda me irrita de manera profunda.

–Una forma muy lógica de demostrarlo es darme esto. –contesto enfurecida aunque manteniendo la voz a medio tono para no llamar la atención.

–No sé por qué te sorprende. –murmura acercándose a mí un poco más. –Te lo dije antes en tu casa. –añade.

–Vas a perder una gran profesional por pensar con lo que no debes; Si no ibas a poder compaginar la vida sentimental y la profesional tendrías que haberlo tenido en cuenta para reforzar en tu cabeza el lema de que las empleadas somos solo eso. –digo desconcertada aspirando la fragancia masculina que desprende.

–Bueno... Lo cierto es que Fátima te dijo que el jefe está prohibido y no lo tuviste muy en cuenta. –contesta esbozando una media sonrisa.

¿Encima sonrío? No le parto la cara porque en mitad de la fiesta estaría algo feo.

–No voy a entrar al trapo. Terminaré el evento con la cabeza bien alta y con suerte alguien que admire mi talento me hará hoy mismo una oferta de trabajo. –afirmo con la máxima dignidad posible.

–Eres impulsiva hasta decir basta. –responde más sonriente aún.

–Hijo, esta es tu fotógrafa estrella... ¿No es así? –pregunta el padre de Tom, el señor Harper, mirando en mi dirección.

–Efectivamente, una excelente profesional que nos hace estar a la cabeza de cualquier empresa de marketing; Las campañas que realiza, ahora junto a Sara, no dejan indiferente a la gente en general y a nuestros clientes en particular. –comenta como si no me acabase de despedir.

–Mi hijo no alaba a cualquiera, debes ser una afortunada. –dice la madre de mi jefe con una gran sonrisa.

–Sí, debo serlo. –murmuro con la intención de fingir. –Vamos a mirar una cosita de los reflejos. –añado cogiendo a Tom del brazo.

–Ahora venimos. –asegura tranquilo.

Vamos hacia una esquina del local saludando a los asistentes a los que nos cruzamos; Algunos me felicitan por mi trabajo, sí, ese que pensaba dejar y del que me han despedido.

– ¿Se puede saber a qué estás jugando? –pregunto con la sonrisa falsa dibujada en mi cara.

–Te veo molesta. –asegura enarcando una ceja.

–Eres idiota. –contesto perdiendo la paciencia.

–Nunca me imaginé que saldría en las fotos de un evento, pero tú consigues cosas imposibles. –susurra acercándose más de lo que parece adecuado en público.

¿A qué juega? Estoy confundida y me cuesta seguir fingiendo.

–Creo que ya he aguantado suficiente así que si alguien pregunta por mí le dices que he tenido que irme a mi casa. Es muy cansado buscar trabajo. –digo empezando a andar hacia fuera.

–Cat. –Tom me llama pero decido no darme la vuelta. –Cat, espera. –añade con tono grave pero sin levantar la voz.

La noche está fría ya por lo que aprieto el chal contra mi vestido dispuesta a coger un taxi para volver a casa; Noto a mi jefe detrás de mí con una rostro que no sé descifrar y una carta en la mano tendida hacia mí.

– ¿Y eso qué es? –cuestiono enfurecida. –Como sea una carta de recomendación me voy a poner a pegar gritos. –añado levantando la mano hacia un taxi que llega.

–Es tu contrato. –responde sorprendiéndome.

– ¿Me despides para contratarme? ¿Te diviertes haciendo lo que sea que estés haciendo conmigo? –interrogo con mala leche cogiendo el papel.

–Te asciendo en realidad. Sara se ha implicado más de lo que esperaba con la empresa y no podéis tener el mismo puesto; Pasas a ser accionista directiva además de seguir con las funciones de jefa de marketing. –dice aunque no sé si le entiendo.

–Nos acostamos; Te vas de viaje; Nos acostamos; Desapareces de mi casa... Me despides, me ascienes... ¿Quién te entiende? –pregunto con ganas de llorar.

–Soy yo el que no me entiende. –contesta acercándose a mí, aspiro su fragancia.

–Tom, no sé qué decir... –murmuro confundida.

–Puede que sea yo el que no se explica. –dice pasándose las manos por el pelo mientras sus ojos color miel brillan. –Las empleadas no pueden ser más que eso, va en contra de todos los principios que he sostenido siempre. –añade.

–Oh, gracias por la aclaración. –digo irónica.

Me voy a casa, no verlo más es la única forma de aplacar el sentimiento de algo más que florece ante la atmósfera que hay entre nosotros.

–Por eso he pensado que si eres accionista ya no eres solo una empleada: Podemos vernos. –asegura pensativo como si repasase mentalmente si su razonamiento es lógico.

– ¿Quieres verme entonces? –pregunto con el latido irregular dentro de mi pecho.

–Eso he dicho. Cat, eres especial. Yo... He sentido por ti cosas que siempre me había negado. Quiero hacer algo más que vernos a escondidas; Nunca me había pasado pero... Pienso en hablar contigo, ir al cine, tener citas o realizar viajes. –añade declarándose de una forma que no imaginándose.

–Pero...Te has ido de mi apartamento. –murmuro mordiéndome el labio.

–Tenía que ordenarle a Fátima liquidar tu contrato mientras hacía el nuevo antes de hacer lo que tengo que hacer. –dice con seguridad.

– ¿Hacer qué? –pregunto sintiendo los nervios corriendo por mis venas.

–Pedirte que seas mi novia. –declara sacando una cajita de terciopelo.

Lo abre y veo un colgante dorado con piedras rojas incrustadas que parecen rubíes.

¿Eso no es demasiado para empezar un noviazgo? Mis piernas tiemblan en respuesta mientras hincho el pecho llevándome una mano a él.

–Tom... –sollozo emocionada. Mi jefe me coge por la cintura y me besa con pasión. –Creía que el jefe estaba prohibido. –murmuro riéndome entre beso y beso.

–Sí, pero como ya eres parte de los directivos... ¡Soy todo tuyo! –susurra para después devorarme sin importar nada más.

FIN